

El Misterio del Corazón de Cristo

1. CRISTO: INTIMIDAD ABIERTA

Es un hecho que los últimos pontífices han proclamado con elogios la excelencia de la devoción al Corazón de Cristo. Particularmente son conocidas las palabras de Pío XI, confirmadas luego por Pío XII, que dice de ella que *se encierra en esta devoción la síntesis de toda la religión y la norma de vida más perfecta, porque con más rapidez lleva a las inteligencias al conocimiento interior de Cristo nuestro Señor e inclina más eficazmente las voluntades a amarle con más vehemencia e imitarle con más exactitud.*

Ante palabras tan elogiosas de esta visión del Corazón de Cristo no puede uno menos de preguntarse por los tesoros interiores que en ella se deben contener. En los últimos estudios teológicos sobre esta materia se coincidía generalmente en que es preferible servirse del término iniciación, introducción, vivencia del misterio del Corazón de Cristo; porque evidentemente el culto al Corazón de Jesús, tan elogiado por los pontífices no se refiere a un mero culto al simple corazón de carne. Recordando algunos hechos de la historia de la espiritualidad aclararíamos diciendo que el culto al Corazón de Jesús no puede compararse con el culto con el que se venera por ejemplo el corazón de Santa Teresa en Alba de Tormes o el corazón de San Juan Vermans en Lovaina o el corazón del Beato Roque González en Asunción del Paraguay. Todos comprendemos perfectamente que es mucho más, que lo que se presenta a la veneración no es simplemente un órgano, sino que es Jesucristo mostrando su Corazón, revelando de esta manera sensible la profundidad insondable del misterio de su amor; es Cristo expresando su interioridad, abriéndonos en ese gesto su intimidad.

El signo de mostrar el corazón es comúnmente aceptado para expresar la intimidad abierta. En algunas lenguas existen vocablos distintos para designar el corazón de carne, el órgano o víscera del corazón, y para designar lo que nosotros entendemos al hablar de una persona de gran corazón. Se hace notar consiguientemente, por ejemplo en el japonés, que no tendría sentido una frase en la cual se dijera que un hombre es de gran víscera cardíaca. Sería una expresión desafortunada. En castellano no tenemos un término distinto, pero sí comprendemos la diversa significación que puede tener esa misma palabra: El término corazón es un término muy amplio que significa desde la víscera cardíaca hasta la interioridad de la persona, aunque incluyendo siempre también el corazón órgano. Esto es verdad. Es la diferencia entre hablar del Corazón de Dios, puro símbolo, y hablar del corazón del hombre que es también símbolo, pero no puro símbolo, se trata entonces del amor de un hombre concreto. Cuando hablamos así de un hombre de gran corazón no excluimos evidentemente el corazón órgano, pero no nos reducimos a esa víscera interna, nos referimos a la realidad que es la interioridad del hombre constituido de espíritu y de carne.

Debe aparecer muy claro en toda exposición teológica que el gesto del corazón abierto, del corazón mostrado, significa la interioridad humana manifestada. Pero hay todavía más. Podríamos preguntarnos: ¿Qué otro signo encontraríamos para expresar una interioridad manifestada? Podríamos pensar quizás en abrir el pecho. Y con todo el

corazón quiere decir algo más profundo. No es sólo la interioridad manifestada, cosa que podría expresarse por el pecho abierto, sino que quiere decir que esa interioridad contiene un corazón y lo manifiesta. Es decir, que se manifiesta y se abre una intimidad personal rica en amor, en profundidad cordial; quizás con otras muchas riquezas, pero todas ellas construidas y empapadas en el amor.

Así alguna vez refiriéndonos a un gesto que se asemeja a la manifestación de lo íntimo del ser podemos decir: Me ha abierto su pecho pero he visto que es un hombre sin corazón, es un hombre que no tiene corazón. Con esto querríamos decir: Ha puesto al descubierto su interioridad. Me ha resultado sumamente pobre. En este sentido corazón es más que la realidad interior, personal, nuclear. Quiere decir una interioridad rica de contenido, empapada de verdadero amor, profunda cordialidad de la que arrancan los pensamientos, los proyectos, los planes, las realizaciones.

Los exegetas nos repiten que en la Sagrada Escritura el corazón designa, de hecho, la interioridad del hombre abierta: Corazón significa intimidad cordial abierta.

Es luminoso en este sentido lo que el padre Agustín de Cardaveraz escribía el 6 de diciembre de 1734 al padre Bernardo de Hoyos sobre el Corazón de Jesús. Le dice: *Y así al fin principal de los designios del divino Corazón, que es pagar amor con amor y resarcir las ingratitudes hechas al amor infinito que nos ha tenido, en el corazón no nos hemos de parar sino en cuanto símbolo tomado por este dulcísimo amor que Jesús nos tiene y nos muestra en su Sacramento de Amor. A esto se ha de enderezar desde luego la vista. A esto se ha de exhortar y predicar, para cumplir con la voluntad expresa de Jesús.* Así se escribía hace más de dos siglos.

A este contenido quiero referirme yo en estas palabras. Pero antes surge una grande cuestión: ¿Se puede prescindir de ese símbolo del Corazón abierto? Es una cuestión eterna. En el campo humano, particularmente en el religioso y cristiano, el símbolo es por una parte necesario como introducción y elevación; y por otra parte no hemos de detenernos en él con obsesión, porque el signo y el símbolo por su naturaleza misma son algo necesario pero que hay que trascender, hay que pasar más adelante. Esto tiene suma importancia pastoral. El estar repitiendo una y otra vez, siempre poniéndolo presente, no es lo más eficaz; sino que puede ser señal de que uno se detiene en algo que no es la riqueza misma, quizás sin llegar a ella, sin llegar hasta la interioridad manifestada, cuya comunicación precisamente pretende el símbolo.

El símbolo tiene, pues, una enorme importancia. Es un camino puesto y bendecido por el Señor. Enriquecido con particulares gracias que Él quiere derramar para orientarnos y elevarnos hasta las sublimes realidades que por él se significan. Pero recordemos siempre que a través de ese signo se adquiere una visión de Cristo que no es la que teníamos antes de ser introducidos a través del signo. Nos ilumina sobre una manera de ver a Cristo, de su amor íntimo comunicado a nosotros. El contenido mismo se vuelve distinto. Se acostumbra uno a ver a Jesús como amor constante a los hombres, a los cuales ama y de los cuales se siente sensible a la respuesta de amor. Y ese contenido es el fruto de ese signo, obtenido a través de él. Pero es el contenido fundamental al que nos dirigimos.

Una vez que hemos visto así el Corazón de Cristo gráficamente expresado, que nos introduce a esa realidad fundamental sublime, no es que siempre lo tengamos que proponer de esa manera y siempre pronunciarlo de nuevo; pero nos recordará lo que es la vida del hombre respeto del Señor y lo que es el Señor respeto a la vida del hombre. El Corazón con sus llamas, con su cruz, con sus espinas, viene a ser como una expresión o

frase feliz con que el Señor gráficamente nos expresa su amor y su deseo de correspondencia y de reparación. Pero la frase feliz no se repite continuamente; se pronuncia en los momentos oportunos.

Tenemos, pues, ahí los dos aspectos: Misterio del Corazón de Cristo, que no es simplemente el culto al corazón de carne, el culto a la víscera cardíaca de Jesús, sino que es el Corazón abierto. Es hora de que nos fijemos ya en ese contenido interior al que tenemos que atender principalísimamente.

¿Cuál es la visión de Cristo implicada en el símbolo de su Corazón que se nos abre y se nos presenta ante los ojos? La pregunta la podríamos hacer de esta otra manera: ¿Es lo mismo Jesucristo que Corazón de Cristo? Claro está que todo depende del contenido que uno da a esas denominaciones. Por eso podríamos preguntar concretamente: ¿Qué entiendes tú bajo la palabra Jesucristo? Porque quizás lo entiendes según la visión del Corazón de Cristo; puede ser que lo entiendas así. Pero si entiendes a Jesucristo simplemente como un gran jefe, como un líder, como un gran liberador, al cual nosotros seguimos casi como a un jefe de guerrilla, entonces tendríamos que decir que aún no has llegado a la visión profunda del Corazón de Cristo, a lo que es el Corazón de Cristo, a esa realidad íntima hacia la cual esa imagen y ese símbolo quieren orientarnos y elevarnos llamando nuestra atención.

¿Qué diferencia hay entonces entre Jesucristo y Corazón de Cristo? Yo la expondría así: El Corazón de Cristo es el mismo Jesús de Nazaret, el mismo Jesús que nació en Belén, que recorrió los caminos de Galilea, que murió por nosotros, que resucitó, pero recalando, y es lo que quiere subrayar y meter por los ojos ese gesto, recalando que es Cristo resucitado vivo de Corazón palpitante, como lo expresa la Encíclica Haurietis Aquas del Papa Pío XII al decir estas palabras, hablando del Corazón de carne del Señor dice: *Inclinando la cabeza entregó su espíritu. Entonces su Corazón se paró y dejó de latir y su amor sensible permaneció como suspenso hasta que triunfando de la muerte se levantó del sepulcro. Después que su cuerpo consiguió el estado de la gloria sempiterna y se unió nuevamente al alma del divino Redentor victorioso de la muerte, su Corazón sacratísimo no ha dejado nunca ni dejará de palpar con imperturbable y plácido latido; ni cesará tampoco de demostrar el triple amor con que el Hijo de Dios se une a su Padre eterno y a la humanidad entera, de quien es cabeza mística con pleno derecho.*

Según estas palabras magistrales, Cristo, resucitado, vivo, de Corazón palpitante, es el que está misteriosamente cerca de nosotros ahora. ¡Ahora tiene Corazón humano! ¡Ahora ama de veras con Corazón humano, con amor también humano, amor divino-humano! Pero el amor humano, expresamente visibilizado, está misteriosamente cercano a nosotros en la Eucaristía, en su presencia interior. ¡Ahora nos manifiesta su amor! Nos declara su amor con Corazón humano palpitante. ¡Y ahora es sensible a la respuesta del hombre!

Completando la expresión del Concilio que nos dice que *Jesús amó con corazón humano*, añadiríamos: Jesús ama hoy con corazón humano. Esto es lo que quiere decir el gesto de Jesús: *Mira este Corazón que tanto ama a los hombres*. No sólo que tanto amó. Es evidente que amó y amó hasta dar su sangre. Pero hoy el peligro está en un entusiasmo teórico por Jesucristo, pero que no lleve a la intimidad con Él. Por lo tanto fácilmente el hombre no contempla a un Jesús que le manifiesta su intimidad, que le llama a ella, y no vive toda su vida desde ella. Por eso repetimos: ¿Qué diferencia hay entre Jesucristo y Corazón de Cristo? Pues, Corazón de Cristo es el mismo Jesucristo, pero recalando que

se trata de Cristo resucitado vivo, de Corazón palpitante, misteriosamente cercano a nosotros, que nos ama ahora, que ahora nos declara su amor y que ahora es sensible a la respuesta de nuestra amistad. Ahí estaría el contenido. Es verdad que nos amó, que dio su vida por nosotros, pero esto no es algo que terminó ya. Ahora Jesús está cerca, de esa manera maravillosa, misteriosa, con ese amor divino-humano.

Así se supera la tendencia actual que trata de colocar a Jesucristo en un lugar muy alto, en un grado muy elevado; pero que nos presenta, lo mismo que a un Dios abstracto, a un Cristo también abstracto, como un Cristo cósmico, pero al que no llega nuestra vida y que no llega hasta nuestra vida.

Colocando así el contenido del Corazón de Cristo nos colocamos en el punto central de la vida cristiana. Ahora sí se comprende la expresión de Pío XI que es la quintaesencia de la religión.

Hay que distinguir siempre entre el contenido al cual llegamos a través de ese signo del Corazón de Cristo y el signo mismo a través del cual llegamos al contenido. Tenemos que decir que quien no llega a ese contenido, quien no llega a vivir un cristianismo en el cual se vive Cristo como realidad cercana a nosotros, en el cual se vive íntimamente su amistad y una amistad que informa toda nuestra vida y toda nuestra acción hacia los demás, no ha llegado aún a lo profundo del cristianismo. Pero una cosa es el signo, el símbolo por el cual el Señor nos lleva a ese contenido y otra es el contenido mismo. De ese contenido decimos que es esencial para una vida cristiana perfecta. No podríamos decir lo mismo del signo a través del cual llegamos. Pero sí afirmamos con el Papa Pío XI que ese signo, ese culto al Corazón de Cristo es un camino excelente que nos lleva rápidamente, directamente, a ese contenido interior, a entender lo que es el amor y la imitación de Jesucristo.

Viniendo a las dificultades que con frecuencia se presentan en la devoción al Corazón de Jesús, con razón dice un teólogo francés especialista en esta materia que *no se deben achacar con fundamento principalmente a las imágenes, como si estas fueran el sumo obstáculo que se presente a la devoción al Corazón de Cristo*. Nadie niega, ni pretende negar, que ciertas imágenes contribuyen poco al esplendor de esta devoción; pero a veces se insiste demasiado en este punto. Si así fuera, si ahí estuviera todo el problema, sería cuestión de encontrar buenos artistas que presentaran una imagen que satisficiera los deseos y las apetencias de los que buscan una imagen digna. Pero no es este el punto clave. Es posible que venga a añadirse a las otras dificultades más fundamentales. Pero es claro que tampoco nos agradan muchas veces las imágenes del mismo Jesucristo, las imágenes de la Virgen. Es cuestión de gusto. Es cuestión de promoción de un arte verdaderamente sana, de un arte que pueda ser digna del gusto razonable del hombre actual.

Pero la verdadera dificultad, afirma el teólogo francés al que nos estamos refiriendo, hay que buscarla más bien en la crisis de vida interior y en la falta actual de vida mística auténtica, en el poco sentido actual para la vida interior; y cuando falta ese sentido de la vida interior sufre la devoción al Corazón de Jesús. Entonces falta el culto de la intimidad. No del intimismo. Cuidemos de no confundir estos dos términos. Porque la intimidad de Cristo de ninguna manera se puede presentar acertadamente como un intimismo detestable que nos arranque de nuestras obligaciones de todos los tipos, de la dimensión horizontal de nuestra vida. Sino que la misma intimidad con Cristo, la misma unión con

Dios, cuando es profundamente sentida es la que nos lleva a inserirnos en todos nuestros deberes de nuestra vida sobre la tierra.

La devoción al Corazón de Cristo ofrece igualmente dificultades porque en ella los puntos claves de la Teología se ponen al descubierto. Y muchas veces son puntos en los cuales algunos hoy encuentran particular dificultad. Por ejemplo, está muy vinculada al misterio de la realidad de Cristo, a la persuasión y fe en la resurrección verdadera del Señor, a la comprensión de la teología del pecado como ofensa de Dios. Donde esos aspectos no son aceptados o se encuentran en crisis teológica, es lógico que esa crisis revierta de manera aguda sobre la teología del Corazón de Jesús. Aquí es donde encontramos la verdadera dificultad, más que en el signo, en el contenido mismo.

Por otra parte es necesario que no nos detengamos obsesivamente en el signo, sino que subamos al contenido, que expongamos la grandeza de la visión cristiana teológica, de la visión de la caridad cristiana universal, que se sintetiza y se expresa en ese Jesucristo resucitado vivo que lleva adelante su obra redentora, que nos asocia consigo en esa obra redentora, que pide nuestra colaboración; en una vida en cuyo centro debe estar siempre nuestro propio corazón, como en la vida de Cristo está su Corazón. Ha de ser una vida cristiana que no se reduce a las obras exteriores, sino que sea una vida que arranque del corazón; de un corazón identificado con Cristo, en cuyo centro está el corazón del hombre asociado al del Cristo llevando adelante la obra redentora.

Se entienden de esta manera preciosamente las palabras que Pablo VI pronunciaba dos meses antes de su muerte: *La fiesta del Sagrado Corazón ha penetrado tanto en la reflexión de las almas fieles, que ha asumido importancia casi de síntesis de nuestras relaciones religiosas con Cristo. Todo se resume en dos aspectos de amor. Esta palabra amor nos da la clave para resumir todo lo que nosotros debemos a Jesucristo. San Pablo nos lo dice: Todo de Él, de nuestro hermano divino, de nuestro modelo y maestro, de nuestro salvador. Él me amó y se entregó por mí. El descubrimiento de que existe una Bondad preveniente, orientada hacia la persona humana que se entrega a sí misma hasta el extremo da la razón a la imagen del Corazón, símbolo del amor divino y humano con que se ha presentado Cristo ante nosotros. Y debería ser símbolo de la actitud perfecta que nos une a Cristo. Es la actitud de nuestro pobre amor, amor débil, no pocas veces infiel, pero siempre expresión de la totalidad que debemos y podemos ofrecer nosotros a Cristo. También aquí otra vez el amor. En este encuentro de corazones tiene lugar la cumbre de nuestra relación con Cristo, con Dios. El cristianismo de los últimos siglos ha resumido y expresado de este modo el núcleo de la religión cristiana.*

Estas palabras de Pablo VI nos hacen ver de nuevo que es necesario que más que recalcar el símbolo y su importancia, admitiendo la gran transcendencia que tienen, nos apliquemos al contenido maravilloso expresado e introducido a través de ese símbolo, que el mismo Señor ha escogido como camino directo, rápido y lleno de bendiciones para introducirnos en las realidades maravillosas que Él quiere poner en el centro de nuestra vida.

2. CRISTO RESUCITADO VIVO

El fruto de la Redención de Cristo consiste en que el hombre es admitido a la intimidad del Padre por Cristo en el Espíritu Santo que se nos da. Este don del Espíritu se nos da por la humanidad inmolada y glorificada de Cristo. También este punto es fundamental. Jesús envía el Espíritu Santo. Jesús hecho espíritu vivificante, como dice San Pablo, nos comunica el don del Espíritu: *El Espíritu que Yo os enviaré de junto al Padre*.

Enviar Cristo el Espíritu no hay que entenderlo como si Jesús animará al Espíritu a que bajara hasta nosotros o le convenciera de que viniera sobre la tierra. *Yo lo enviaré*. Enviar quiere decir que el amor que tiene a los hombres es comunicador del Espíritu Santo. Lo enviaré amando. Por eso en la Resurrección al mostrarse Jesús a los discípulos en el cenáculo alentó sobre ellos diciéndoles: *Recibid el Espíritu Santo*. Este es el envío. El envío es pues el amor; incluso también el humano de Cristo, el humano-divino, pero incluyendo el humano, que es asumido en la corriente trinitaria y es el que comunica al mundo, amando, el Espíritu Santo. Podemos hablar por esto del Espíritu Santo como don del Corazón de Cristo.

En el capítulo 2 de los Hechos de los apóstoles dice San Pedro cómo Jesús *subiendo al cielo recibió la promesa del Padre, fue ungido por el Espíritu que veis ahora derramado sobre todos estos*. Ese es el proceso: Plenitud de Espíritu en la humanidad de Cristo, comunicación de Espíritu. Nos asume también a nosotros en nuestro amor el Espíritu de Cristo para que luego amando nosotros comuniquemos también el Espíritu de Cristo. Lo asume pues, lo llena de Espíritu y lo hace comunicador del Espíritu. Es la vivificación propia del Espíritu Santo. Esta es la situación nueva: Cristo que viene a nosotros en el Espíritu y nos toma consigo.

A la Ascensión de Jesús corresponde una presencia suya en nosotros. La Ascensión es la divinización de su humanidad. Es el junto al Padre. Y a esa divinización corresponde una presencia suya íntima en cada uno de los hombres por el Espíritu. Es Cristo resucitado, vivo, de Corazón palpitante, que ama al hombre. Amándole le da su Espíritu. Lleno el hombre del Espíritu de Cristo se hace uno con el Padre y con el Hijo y vive su intimidad. Estamos en la quintaesencia del cristianismo.

En efecto, si nos fijamos en la predicación de los apóstoles, llamados para ser testigos de Cristo, veremos que el contenido de esa predicación es fundamentalmente dar testimonio de que Cristo está vivo. En el primer capítulo de los Hechos se nos recuerda que durante cuarenta días Jesús se manifestó a sus discípulos, dándoles pruebas evidentes de que estaba vivo. Esto es lo que ellos van a anunciar, lo que ellos mismos han visto, de lo que son testigos, de eso han de dar testimonio ante el mundo, que Cristo, el Resucitado, es el Señor.

En el capítulo 25 del mismo libro de los Hechos encontramos una anécdota interesante. El gobernador de Judea cuenta al rey Agripa cómo tiene prisionero a Pablo y que los ancianos y sacerdotes piden para él la pena de muerte. Él les responde que no es costumbre romana condenar a nadie sin haber escuchado antes los capítulos de acusación y sin haberle dado tiempo y posibilidad al reo para defenderse de ellos. Y cuenta que sentándose al día siguiente en el tribunal hizo presentarse a los acusadores y al reo. Y dice el gobernador Festo que con gran sorpresa vi que no le acusaban de grandes crímenes que hubiese cometido, sino que se liaban en discusiones sobre su religión y sobre un tal Jesús,

ya muerto, que Pablo afirma que está vivo. Ahí tenemos el cristianismo: Cristo está vivo. Ellos dicen: Murió. Pablo responde: Está vivo. Y al día siguiente ante el rey Agripa, Pablo da testimonio de que Cristo vive, de que él lo ha encontrado en el camino de Damasco, que ha recibido el encargo de anunciar que el Señor Jesús ha resucitado. De ahí la expresión fuerte de San Pablo: Si Cristo no ha resucitado vana es vuestra fe, vana es nuestra predicación. Porque si Cristo no ha resucitado, como nosotros anunciamos, entonces puesto que la vida eterna es participación de la vida resucitada de Cristo, si no ha resucitado tampoco hay vida participada de Cristo, ni hay vida ni hay nada. Por lo tanto se trataría de una gran mentira. Si Cristo no está resucitado vivo, vana es vuestra fe.

La Carta a los Hebreos presenta igualmente a Jesús siempre vivo para interceder por nosotros.

Y en el Apocalipsis Jesús aparece en el centro de la Iglesia, sosteniendo las lámparas de las diversas iglesias; y nos dice: *Yo soy el que estuvo muerto y estoy vivo por los siglos de los siglos*. Aparece, pues, de nuevo Cristo resucitado vivo, centro de la historia de la humanidad y de la Iglesia. Él es el que la sostiene. No es simplemente el que está allí lejos en el cielo y ora distante, sino que está en medio de las iglesias sosteniéndolas. Y Él sigue el comportamiento de los ángeles de las iglesias: *Conozco vuestra conducta...* Los controla, los reprende, les sigue en toda su actuación. Aparece así como el Kirios, el Señor. Cuando San Pablo llama a Cristo el Señor quiere decir que está hablando de Cristo resucitado que tiene todo poder en el cielo y en la tierra. Es el único Señor.

Pero la revelación cristiana nos recalca que ese Señor tiene Corazón. En el Apocalipsis dice expresamente: *El que nos ama*. No sólo el que nos amó, el que nos ama ahora. Y así aparece ese gran amor en el cuidado actual de las iglesias. San Pablo por su parte proclama: *Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a la muerte por mí*. Ahí tenemos, pues, la quintaesencia, el contenido de la devoción al Corazón de Cristo. Pero hay más todavía. Podemos decir que el signo mismo del Corazón abierto lo encontramos en el Nuevo Testamento, lo vemos fundado en los textos del Nuevo Testamento. Tenemos que fijar nuestra mirada en los textos descritos por San Juan después de la muerte de Jesús. Podemos decir que el símbolo de la Redención es el costado abierto de Cristo. San Juan lo contempla como un gran misterio lleno de sentido. Ve toda la obra de Cristo como obra de amor, llevada con amor, fuente de amor, fuente del don del Espíritu, fuente de la nueva economía que arranca de esa humanidad inmolada y glorificada de Cristo.

Vamos a detenernos en ese signo. El costado abierto tiene un simbolismo claro: el Corazón puesto a flor de piel. Los sinópticos no nos refieren ese signo que San Juan describe con mirada contemplativa, nos presentan otro signo: el velo del Templo rasgado; pero ambos símbolos tienen un significado muy semejante.

¿Qué significa el velo del Templo rasgado? El velo del Templo cubría el sancta sanctorum, lo más íntimo, lo más sagrado del Templo de Israel. Significaba que Dios no había revelado todavía su intimidad, que no se conocía aún el secreto íntimo de Dios. En el momento de la muerte de Jesús por amor se rasga el velo. No es que se descorre, se rasga. Ese rasgarse indica que de tal manera Dios ha manifestado su intimidad, se ha revelado de una manera tan explosiva que Dios es amor, que Dios nos declara su amor, que el velo no se ha corrido, sino que ha estallado, rasgado de arriba a abajo. Con eso al mismo tiempo se abre el camino para que podamos entrar hasta lo íntimo de ese amor, que hasta ahora estaba escondido y que se ha revelado en la muerte de Cristo. Lo íntimo de Dios era que Dios era amor, hasta dar su vida por nosotros. Esto hasta entonces era

misterio escondido. Tras aquel velo no entraba más que el Sumo Sacerdote una vez al año, como figura de la venida futura de Cristo que entraría hasta la intimidad del Padre con su propia sangre. En el momento de la muerte de Jesús queda todo patente. Y al abrírsenos el amor que Dios nos tiene y al revelársenos el tesoro íntimo que es su amor, ha quedado también abierto el camino para que todo hombre pueda introducirse hasta esa intimidad que Dios le ha abierto.

Dios en la muerte de Jesús se nos ha revelado como amor, nos ha declarado su amor. Y consiguientemente, como sucede siempre que se declara el amor, invita a cada uno de los hombres a entrar hasta la intimidad de ese amor que Él ha declarado. Todos nosotros podemos entrar hasta lo íntimo de Dios, el camino está abierto.

Eso mismo es lo que significa el costado abierto de Jesús en la cruz. La clave nos la ofrece la Carta a los Hebreos al decirnos: *El velo era la carne de Cristo*. En el momento de la muerte de Jesús el velo se rasga, se rasga como respuesta de Dios al pecado del hombre. Es la Redención, drama del amor de Dios. Dios había amado al hombre, lo había amado con su amor creador. Con una inmensa humildad por su parte le había ofrecido su amistad y su amor. Pero el hombre lo rechazó, no lo quiso aceptar. Y entonces Dios, en un gesto increíble de amor inmenso del que es manso y humilde, infinitamente manso y humilde, se humilla más todavía ante el hombre, se abaja, se deja clavar en la cruz, realizando ese drama de su amor, del amor loco de Dios. El amor loco de Dios es el que se simboliza en el costado abierto de Cristo. Ese costado abierto expresión del amor loco, respuesta del amor loco de Dios a la ingratitud del hombre que le rechaza, que le hiere, que le atraviesa con su pecado. Y de ahí precisamente brota, como respuesta, el torrente de su amor, los torrentes de la salvación, comunicación del Espíritu Santo al mundo.

Por eso este costado abierto no fue un detalle insignificante que se realizó en un instante y luego se perdiera en la oscuridad de la historia. Hay un detalle curioso que recoge precisamente el mismo San Juan: Cuando Jesús resucita al mostrarse a los apóstoles, recoge Juan en la narración tres frases programáticas lapidarias, dice: *Jesús se puso en medio de ellos*. Con esta frase quiere indicarnos que Jesús resucitado glorioso está definitivamente en medio de su Iglesia. Segunda frase que recuerda Juan: *Les mostró sus manos y su costado*. Ese costado abierto no es pues un detalle sin importancia que queda luego relegado al olvido. Cristo resucitado lo pone de manifiesto, declara ese amor, recuerda ante sus apóstoles ese amor extremo con que ha dado su vida por ellos. Esta segunda frase de San Juan quiere decirnos que Jesús está en medio de su Iglesia no estáticamente, no como simple objeto del amor de los hombres, sino que está activamente, dinámicamente, mostrando su manos y su costado, mostrando su amor extremo, solicitando respuesta de amor. Y como consecuencia, correspondiendo a la sangre y agua que brotaba del costado de Cristo en el momento de la lanzada, símbolo del Espíritu Santo que se comunica al mundo, símbolo de los sacramentos de la Iglesia, símbolo de la Iglesia misma que nace de su costado, Jesús dice a los apóstoles, al mostrárselos en el cenáculo alentando sobre ellos: *Recibid el Espíritu Santo*. Es la humanidad inmolada y glorificada de Cristo que amándoles les comunica el Espíritu Santo, como lo había prometido en el sermón de la Cena y como se realizará plenamente después de la Ascensión el día de Pentecostés.

Ahí tenemos el velo rasgado, el costado abierto. Es la base bíblica de nuestro culto al Corazón de Cristo. No yendo sólo por la línea del término corazón, sino yendo a las

realidades redentoras en las cuales encontramos el fundamento, la quintaesencia de ese signo del Corazón de Cristo.

Esta representación viene a decirnos de una manera gráfica qué es Cristo para nosotros; en qué consiste la economía actual, a saber, que tenemos comunión con el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo, que esa comunión es comunión de amor, que el Padre y el Hijo nos aman. Es lo que nos manifiesta ese Corazón atravesado en la cruz, ese Cristo resucitado de Corazón palpitante, que muestra a los discípulos sus manos y su costado, que está junto a nosotros comunicándonos el Espíritu Santo. Una visión así, presentada eficazmente, vivida realmente, es capaz de curar el ateísmo del mundo contemporáneo. El hombre tiende hoy mucho a imaginarse y construirse un Dios lejano, un Cristo impersonalizado, un Cristo que estima muy elevado, muy teológico, pero que queda muy lejos del hombre. Y ante esa presentación, como protesta a ella, Jesús mismo se pone delante de nosotros y viene a decirnos con un gesto feliz: ¿Por qué me tratas como un ser impersonal si Yo tengo Corazón? Ese es el sentido del Corazón de Cristo. El mismo Cristo pero cercano a nosotros, con su amor abierto, comunicador del Espíritu Santo, que nos envuelve con el fuego de su amor, que nos envuelve y nos ahoga con los torrentes salvadores de su Espíritu.

En una ocasión, cuando yo estudiaba esas riquezas escondidas en el Corazón de Cristo y reflexionaba sobre el modo de manifestarlas y comunicarlas, ya que Él se había dignado hacerme entender, y pedía luz para encontrar caminos, formulaciones, expresiones de esa grandeza del amor de Cristo, recibí una respuesta por el camino que menos hubiera podido imaginar. Fue precisamente en la proyección de una película documental. Había sido invitado a verla. No sabía yo de que se trataba, sólo me habían dicho que era de sumo interés. Entré algo retrasado en la sala y al mirar a la pantalla vi dos manos que se movían. Me pareció algo de poca importancia. Y al llegar al lugar que debía ocupar observé que los que estaban allí cerca estaban sentados en tensión, con los ojos fijos en la pantalla, con el cuello alargado... Pensé para mí: No será para tanto. Miré de nuevo a la pantalla y también yo me quedé como ellos, con esa tensión, casi sin poder respirar. Es que las secuencias que entonces se proyectaban me iluminaron sobre el sentido de aquellas manos que antes me habían dejado tan indiferente. Se trataba de las manos de un cirujano que estaba operando en el corazón. Se podía ver al paciente con el pecho abierto y al cirujano que intervenía a corazón abierto. Y lógicamente todo el mundo estaba pendiente de aquella operación, porque allí un descuido y le costaba la vida al paciente. Y entonces comprendí: Eso es el Corazón de Cristo.

Nuestra vida es como yo veía antes las manos en la pantalla, que me parecían sin importancia. Nuestra vida a los ojos humanos es una vida sin trascendencia. ¡Son cosas tan pequeñas las que nos suceden en nuestra vida ordinaria! Pero viene esa luz del Corazón de Cristo y nos hace entender que nuestra vida es una operación en el Corazón abierto de Cristo. Nuestra vida repercute en el Corazón de Cristo. Cada una de nuestras decisiones personales, humanas, no son simplemente algo sin importancia. Y hablo no sólo de la mía, hablo de la vida de cada uno de los hombres. Todas las vidas humanas repercuten en el Corazón de Cristo, son una operación en el Corazón abierto de Cristo, son un gozo o un dolor. Por eso una visión así no nos arranca de la vida real, sino que le da a esa vida real su sentido íntimo, profundo, su sentido cristológico. Y entonces comprendemos que el Corazón de Cristo resucitado vivo es como el corazón de toda la humanidad, repercute en él todo lo que hace el hombre, todo lo que nosotros hacemos al

hombre. Y comprendemos el sentido profundo, vitalísimo, de aquella frase de Jesús: *Lo que hacéis a uno de estos a mí me lo hacéis*. Lo hacéis de verdad, repercute en mi Corazón. Se lo hacemos a Él directamente cuanto hacemos a los hermanos.

Esta visión nos da una sensibilidad especial para cuanto es el trato con los demás, para la caridad, para la justicia, para la dimensión horizontal de nuestra vida. Todo queda revestido de ese sentido cristológico. Estamos operando en el Corazón palpitante de Cristo resucitado vivo.

Y esto no es una imaginación. Esto no es una idea caprichosa que entonces pudo pasar simplemente por mi cabeza, sino que encontramos su fundamento en la misma revelación cristiana.

Vamos al capítulo 9 de los Hechos de los Apóstoles. Allí leemos cómo Saulo, respirando amenazas contra los cristianos, va camino de Damasco dispuesto a encarcelarlos, con todos los permisos necesarios. Y he aquí que se encuentra frente a él a Cristo resucitado vivo de Corazón palpitante que le derriba por tierra y le dice: *Saulo, Saulo*, (palabra de amor), *¿por qué me persigues?* Y él pregunta: *¿Quién eres tú, señor? Yo soy Jesús a quien tú estás persiguiendo*. Está persiguiendo de veras a Cristo, Corazón palpitante de Cristo. *¿Por qué me persigues?*

Algunos se asombran de que en las manifestaciones de Paray-le-Monial el Señor hubiera dicho a Santa Margarita: *Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres y en recompensa es ofendido por ellos*. Les asombra porque piensan que Cristo está ya glorioso, que esas son maneras de hablar de más o menos buen gusto... Pero, ¿es que hay tanta diferencia entre esas palabras del Señor y las palabras dirigidas a Saulo? *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo soy Jesús, a quien tú estás persiguiendo*. Pero si es lo mismo. Toca el fondo de lo que es la vida cristiana, de lo que es la vida del hombre: su repercusión en el Corazón de Cristo. Porque aquello no sucedió a Saulo o en aquel caso como un especial privilegiado, sino que en él se nos revela la estructura de lo que significa el comportamiento cristiano frente al Señor.

Por eso hay un momento en la vida de cada uno de nosotros en el que el Señor quizás nos ilumina y llamándonos interiormente por nuestro nombre nos dice: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* ¿Por qué me persigues con esa vida tibia, con esa vida negligente, con esa vida fría, con esa vida llena de injusticias, con esa vida llena de impurezas? ¿Por qué me persigues? *Yo soy Jesús, a quien tú estás persiguiendo*. Y esta gracia del Señor, si nos la concede, cambia nuestra vida. Eso hace que sintamos toda nuestra vida empapada por la presencia de Cristo vivo; eso que el mismo San Pablo repite continuamente: *Todo y en todo Cristo*.

Esta es la visión fundamental, el contenido del misterio del Corazón de Cristo. Quien tiene esta visión ha dado ya con lo fundamental.

Cuando nosotros decimos de una persona que tiene corazón, queremos decir con ello dos cosas: Primero que ama, tiene corazón. Segundo que es sensible a la respuesta del amor. ¡No le trate así que tiene corazón!

En este doble sentido hablamos del Corazón de Cristo. Decimos que Cristo tiene Corazón. Mejor, podemos decir que Cristo es Corazón, porque así como *Dios es Amor*, podemos decir que el Dios hecho hombre es Corazón.

3. DIOS TIENE SED DE TU AMOR

Vamos a exponer en esta charla de hoy, con la necesaria brevedad, el primer aspecto de la interioridad del Corazón de Cristo, a saber, Dios en Cristo nos ama ahora. Es un tema que se debe desarrollar cuidadosamente en nuestra vida espiritual, porque es fundamental la persuasión de que Dios en Cristo nos ama ahora y nos ama a nosotros. Es verdad difícil de aceptar. Solemos decir que sí, que la creemos, teóricamente. ¡No faltaba más! Pero una cosa es creer como simple teoría y afirmación de principio y otra cosa es ese creer que nos agarra desde dentro; ese creer verdadero es la clave de la conversión. Pero es costoso. Nos resulta especialmente costoso a nosotros el llegar a esa fe viva.

Los motivos son estos: Primero, porque tenemos una idea equivocada de Dios. Segundo, porque tenemos una idea baja del hombre. Y, por fin, tercero, porque tenemos un sentimiento muy profundo de la propia miseria.

Primero, porque tenemos una idea equivocada de Dios. Prácticamente pensamos en un Dios totalmente distinto de nosotros. Se ha extendido mucho esa corriente que presenta a Dios muy por encima de nuestras pequeñas cosas. Algo hay de verdad en esta afirmación, evidentemente. Pero en consecuencia se llega a afirmar que a Dios no le puede interesar mucho nuestra vida, porque Dios es demasiado grande, Dios es infinito, no hay que empequeñecer a Dios creyendo que Él está preocupado y ocupado con nuestros detalles de cada día; Dios está muy por encima del hombre. Y así fácilmente deformamos la figura de Dios, fácilmente lo presentamos como un Dios autosuficiente, lo cual es blasfemo, es falso. La autosuficiencia denota una postura psicológica, que no es simplemente el que Dios sea Dios, sino que presenta y connota un Dios en cierta manera soberbio; y Dios no es soberbio.

Ese aspecto de la lejanía de Dios, del Dios abstracto, del Dios que no se comunica con nosotros de verdad, del Dios autosuficiente, puede hacer mucho daño a nuestra vida cristiana. No lo imaginamos como un Dios verdaderamente de amor.

Lo mismo cuando presentamos a Dios como impasible, entendiendo esta palabra con un sentido de resonancia psicológica, como un Dios que está por encima de toda la movilidad psicológica que nosotros llamamos amor. Indudablemente Dios es impasible en el sentido metafísico de la palabra, pero su amor no es un amor del Olimpo, un amor que no fuera verdadero amor en la realidad.

Cuando vamos a examinar: ¿Qué entiendes por amor de Dios a nosotros? Se encuentra uno con que se extrañan al encontrarse con una frase como esta de San Juan de la Cruz (y es de San Juan de la Cruz, del doctor místico), en la estrofa tercera de la Llama de amor viva dice así: *Siendo Dios la virtud suma de la humildad, con suma humildad y estimación te ama e igualándote a sí te dice con aquel rostro suyo lleno de gracias, no sin gran deleite tuyo: Soy tuyo y para ti y me alegro de ser lo que soy para ser tuyo y para darme a ti.* Ante esta expresión tan sorprendente, que no se entiende, sentiría uno quizás la tentación de pensar que nos estamos moviendo en un quietismo infundado; y sin embargo cuando decimos que Dios ama de veras hablamos de esto. Dios se alegra de ser lo que es para darse a ti, para ser tuyo. Y eso es el amor.

Este es pues uno de los primeros motivos que decíamos, que nos hace costoso creer en el amor de Dios, esa desfiguración de Dios.

De una manera parecida decimos que Dios es el Señor. Y para ponderar que Dios es el Señor llegamos a pensar que Dios podía haberte criado y haberte mandado al infierno, porque Él es dueño absoluto. Y sin embargo tales expresiones desfiguran de hecho a Dios. Dios es Señor, pero es Señor de amor. Así pues, la figura de Dios se deforma. Decimos que sí, que es amor, pero con un sentido de amor que resulta ininteligible.

Segunda razón por la que nos cuesta aceptar esta verdad del amor personal que Dios nos tiene, que Dios vitalmente nos ama, es: La baja estima que el hombre tiene del hombre. También esto tenemos que tenerlo presente. Es idea de San Agustín, el cual afirma que una de las razones del ateísmo es la baja idea que el hombre tiene del hombre. Como nosotros estimamos muy poco al hombre, a los hombres concretos, no acabamos de creer que Dios les pueda amar, y no acabamos de creer que Dios lo haya hecho y creado al hombre, nos parece que no merecía la pena de hacerlo. Ahí está la raíz. Dios ocupado del hombre, en el fondo no lo acabamos de creer.

Tercera razón es que dentro de la pequeñez del hombre cada uno de nosotros se conoce un poco a sí mismo, un poco, y conoce que está lleno de pequeñeces, de fallos, de miserias, que trata de encubrir como puede; normalmente solemos vivir con una careta, encubriendo lo que llevamos dentro, presentando una figura que sea un poco más aceptable a los demás, porque en el fondo tenemos la impresión neta de que si nos conocieran como somos no nos querría nadie. Eso lo llevamos dentro. Entonces tratamos de encubrirlo a los demás; lo conseguimos hasta cierto punto. Pero, delante de Dios que nos ve hasta el fondo: ¿Cómo Dios puede quererme a mí con todo lo que yo tengo de limitación, de miseria, de pequeñez?

Todas estas razones están influyendo sin duda; el caso es que no acabamos de creer que Dios nos ama. Pienso que la gran gracia que trae consigo la devoción al Corazón de Cristo es que de una manera gráfica, de una manera diríamos sacramental, no en el sentido de los sacramentos de la Iglesia, sino en el sentido de los sacramentales de la Iglesia, como una especie de signo escogido por el Señor con eficacia especial y asistido por su gracia nos hace entender que nos ama, nos lleva a eso, nos hace caer en la cuenta de que nos ama de veras a nosotros concretamente.

Para entender el misterio de ese amor de Dios a nosotros tenemos que ir a las fuentes de la fe, porque realmente se trata de un punto fundamental, de la quintaesencia del cristianismo. La palabra de San Juan nos ilumina: *Nosotros hemos creído en el amor*. Los cristianos son los que han creído en el amor. Y cuando Juan habla del amor habla de amor personal. No sólo que Jesús ama a la humanidad entera, al pueblo de Dios en general, hemos creído en el amor personal de Jesucristo a cada uno de nosotros. Recordemos la palabra de Jesús: *Si alguno me ama, mi Padre le amará y Yo le amaré; y vendremos a él y haremos nuestra morada en él*. Si alguno me ama... Es perfectamente personal y a ese que me ama Yo le amaré. Igualmente cuando en el capítulo sexto dice: *Quien come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y Yo en él*. Es relación personalísima: El que come mi carne. Y está refiriéndose al tiempo después de su muerte y resurrección, a nuestro tiempo. Otro tanto expresa San Pablo cuando exclama: *Me amó y se entregó a la muerte por mí*.

Nosotros hemos creído en el amor. Este es un punto fundamental del Evangelio: la fe en el amor personal. Dios, en Cristo, me ama a mí. Hablando de nuestra economía, hablando del tiempo después de su muerte y resurrección habla de nosotros que habíamos de creer en Él.

Igualmente llama la atención como Jesús suele dirigirse a cada uno de los apóstoles por su nombre, muchas veces. *Simón, Simón*, dirá a su apóstol. *Saulo, Saulo*, dirá a su perseguidor, que va a convertir en apóstol. Siempre en esa relación personal a cada uno de los discípulos.

Y en el capítulo 15 de San Juan dice en sus efusiones después de la Eucaristía: *Ya no os llamo siervos, os llamo amigos*. Tenemos, pues, esa relación de amistad, esa relación de amor. Notando bien que cuando Jesús habla de amigo, no toma esta palabra como en un grado inferior a hermano, se refiere a la relación mutua de amor. Basta notar que pueden ser dos hermanos y no ser amigos. En cambio cuando hablamos de ser amigo no puede entenderse sin serlo de hecho, sin que estén unidos en el amor. Los hermanos son también amigos cuando están en buenas relaciones. El término amistad no se contrapone a esas otras realidades de vinculación de carne y sangre, sino que indica la relación vital existente entre dos con comunicación mutua de amor. Cuando dos hermanos viven su hermandad, entonces tienen una amistad más estrecha que dos simples amigos, pero siempre supuesto que vivan de hecho su relación interpersonal de amor.

Luego, el mismo Jesús llamará a esos mismos apóstoles *hijitos míos*. Y más adelante ya resucitado enviará a María Magdalena: *Vete y di a mis hermanos*. Son sus hermanos, pero hermanos unidos con una relación mutua, interpersonal de amor. Es la amistad. Y gracias a la redención de Cristo podemos llamar a Dios mismo Amigo, Padre; pero en el sentido de padre vivido, cordialmente expresado.

En la parábola en que Jesús habla del amigo importuno nos presenta al hombre que se acerca a Dios como un amigo a su amigo, y por eso tiene el valor de despertarle en la noche y de llamar obstinadamente a la puerta hasta que le dé el pan que necesita. Todo esto lo hace porque es amigo; es la suposición que está en la base de toda la parábola. Por eso según algunos comentaristas debería llamarse mejor la parábola del amigo, de Dios amigo del hombre. Dios, Padre, en una relación íntima de amor conmigo. Así tenemos que acercarnos a Dios en Cristo, como amigos, sin tener miedo de ser importunos, porque es amigo y no se molestará sino que acabará por abrirnos.

Tenemos que procurararlo nosotros y ayudar a cuantos encontremos en nuestro camino a que capten esta grandeza, este misterio de condescendencia divina. Creo que muchos fieles cristianos sufren hoy mucho, no son buenos en el fondo porque no conocen a Dios y no conocen lo bueno que es Dios. Porque Dios es muy bueno, muy bueno. Y no llegan a entenderlo.

El Señor para expresar ese amor que tiene respeto de nosotros, para expresar esa relación interpersonal de intimidad de amor, se ha servido de muchas imágenes, empezando por el Antiguo Testamento. Es verdad que a Dios en el Antiguo Testamento no le llamaban Padre a título individual. Era Padre de Israel, era Padre de todo el pueblo, pero no de cada uno de los miembros de Israel. Sólo algunos personajes muy selectos lo llamaban Padre a título individual. Pero a pesar de toda esa relación de Dios con su pueblo, el trato de amor con el pueblo nos puede servir de imagen para expresar y para presentar la relación que en el Nuevo Testamento Dios establece con cada uno de los hombres, es precisamente característico del Nuevo Testamento. Y por eso, como en el Nuevo Testamento somos llamados a esa intimidad, a ser discípulos de Dios, íntimos de Dios, de la familia de Dios, aplicamos lo que dice del amor de Dios a Israel a este amor que Dios tiene a cada uno de nosotros.

Encontramos estas imágenes que nos pueden ayudar: Dios dice que ama a Israel como a la niña de sus ojos, como una madre a su niño de pecho: *Si una madre puede olvidarse de su niño de pecho, Yo nunca me olvidaré de ti*. Esto en el Nuevo Testamento tenemos que aplicarlo al amor personal que tiene a cada uno de nosotros, a la relación interpersonal que establece con cada uno de los hombres.

Pero hay más. Los profetas usan una imagen que nosotros probablemente no nos hubiéramos atrevido a utilizar. De formas diversas llegan a decir que Dios busca al hombre como un hombre busca a la mujer que desea. Es decir, que Israel es como su esposa, a la que Dios desea, que Él busca. Esto es impresionante. Si uno volatiliza lo que es ese amor de Dios no lo puede entender. Este es el gran misterio.

Ese afán, esa búsqueda del amor de Dios, aparece en el Nuevo Testamento, por ejemplo en la parábola de la oveja perdida, en la que el pastor dejando a las noventa y nueve en lugar seguro busca a la que se le ha perdido; y la busca con tanta fatiga... Es verdad. Podemos decir de verdad que Dios tiene sed de tu amor, verdadera sed. Todos sabemos que Dios es ser necesario, que Dios es felicísimo en sí mismo. Eso lo sabemos. Pero si vamos a la revelación de ese Dios, en esa revelación encontramos claramente que Dios tiene sed del amor del hombre. Es el drama de la redención: Dios tiene sed. Esto no es una idea infundada, quietista, desequilibrada. Recordemos la escena de Jesús con la samaritana: *Mujer, dame de beber*. Con esas palabras Jesús no le pedía el agua material. Como dice muy bien San Agustín: *Tenía sed de la fe de la mujer*. Tenía sed de la entrega y del amor de aquella mujer. Era su sed, la sed que tendrá en la cruz. La sed de Cristo en la cruz no es sólo sed material, es la sed de comunicar el Espíritu, de que se reciba el Espíritu Santo, de que entre el hombre en comunión con el Padre, la sed del amor. Esto es impresionante. Dios tiene sed de tu amor, de tu amor. Si comprendieras hasta que punto Dios tiene sed de tu amor no ahorrarías esfuerzo alguno por saciar esa sed del amor de Dios. Es el gran misterio del amor.

Al hablar así de ese amor verdadero, que es el que nos quiere recalcar esa imagen misma del Corazón abierto de Cristo, tenemos que subrayar que Dios desea tanto ser amado de nosotros... No es en el sentido de una especie de satisfacción egoísta, que a Él le falte, una satisfacción egoístamente buscada por Dios, sino que es la sed que procede de la infinitud del amor, porque el amor es darse y desear ser recibido. Tenemos que recalcar ese amor, esa sed de amor, que es sed de amor de amistad, sed de que establezcamos comunión de amor con el Padre y con el Hijo.

Hay que recalcar todavía en este mismo campo de la sed del amor de Dios que tiene el matiz de una intimidad abierta a nosotros. Lo que indica el Corazón es la intimidad abierta. A la juventud le arrastra Cristo rey, es claro; pero no siempre llega a captar la intimidad abierta de ese Cristo. Le arrebató a veces como líder, o se lo presenta así. Podemos presentar a Jesús como dirigente de un gran movimiento, y entonces la juventud va detrás; y hace una manifestación pública. Todo esto es relativamente fácil. Pero no ha llegado quizás todavía al Jesús de la intimidad abierta, que es lo que nos presenta el Corazón de Cristo. Ese Corazón de Cristo indica que Jesús es rey por su intimidad abierta, no rey por la fuerza. Claro está que al joven le atrae la fuerza, el vigor, por eso nos gusta presentar un Cristo vigoroso, un Cristo líder. Se puede hacer. Se debe hacer también, porque es un aspecto que puede ser perfectamente válido. Pero mientras no lleguemos al Cristo de la intimidad abierta, que nos abre la intimidad del Padre no hemos llegado todavía a la esencia del cristianismo. Por eso tenemos que recalcar que el cristianismo no

se reduce a un entusiasmo. Eso no basta. Está bien que tengamos entusiasmo, lo hemos de tener y vibrante; pero tiene que llegarse al amor de intimidad, al amor de amistad.

Santo Tomás al hablar de la vida de la gracia insiste que no se trata de simple amor, sino de amistad con Dios. ¿Qué diferencia hay entre amor y amistad? El mismo Santo Tomás lo clarifica: El amor, dice, puede ser unilateral, puede ser de benevolencia, puede ser de entusiasmo. Y el amor de benevolencia, el amor de entusiasmo se puede dar sólo en una de las partes. Sucede a veces que uno vibra de entusiasmo por un personaje, el cual no sabe siquiera que exista un tal admirador.

Podemos verlo en un ejemplo de cada día: Un peregrino que llega a Roma y acude a una de las audiencias del Papa en el Vaticano y ve al Papa por primera vez, y se entusiasma, y grita, y sale de la audiencia contentísimo porque ha visto al Papa y lo ha visto de cerca. Pero le podríamos hacer una pregunta: ¿Y el Papa, te ha visto a ti? Ni verle. Y si le ha visto ha sido por un mero cruzarse de sus miradas, pero como si no le hubiera visto. No ha llegado a una intimidad. Se trata de un entusiasmo. No puedo salir de la audiencia diciendo: El Papa y yo nos hemos hecho amigos.

Pues bien, el cristianismo no es ese simple entusiasmo, sino que es una amistad con Cristo. Y la característica del amor de amistad es precisamente esta: Que es amor mutuamente conocido, mutuamente comunicado. Es interesante advertir que no basta que exista el amor por una parte y por otra, ni siquiera que el amor del uno sea conocido al otro y de este al primero. Esto hemos de aplicarlo a nuestra relación con Dios. No basta que Dios sepa que yo le amo, lo cual conoce por su omnisciencia. Ni basta que yo sepa que Dios me ama. Es necesario que Dios me declare a mí su amor y que yo declare mi amor a Dios; con actitudes que son distintas como postura interior del hombre; es un corazón que se abre a Dios, como Dios se abre al hombre. Es un corazón que recibe la abertura de Dios. Un Dios, pues, que se abre al hombre en su contacto personal con él. Esto es fundamental en la vida interior. Y Dios suele hacer entender al hombre en su vida íntima que le ama. Entonces se actualiza aquella amistad plena que se había iniciado ya con la infusión de la gracia santificante.

4. ¿POR QUÉ ME PERSIGUES?

Antes de entrar en el tema de la repercusión de la respuesta del hombre en el Corazón de Cristo vamos a recordar y aquilatar el concepto de amistad con Dios con que terminábamos la charla precedente.

Decíamos que el trato del hombre con Dios es de amistad, no sólo amor. Nuestra relación con Cristo y con el Padre ha de ser de amistad. Esa amistad lleva consigo que sea un amor mutuamente comunicado. La visión del misterio del Corazón de Cristo tiene una eficacia especial para introducirnos en esa amistad. Nos revela la intimidad abierta de Dios y nos invita a abrir nuestra intimidad a Dios y a los hermanos.

Es iluminador en este sentido el pasaje de Zaqueo, el publicano, en cuya casa el Señor mismo se invitó. El contacto de amistad con el Señor le transforma interiormente. En el banquete, puesto en pie, anuncia que dará la mitad de sus bienes a los pobres y que si en algo ha defraudado a alguien le devolverá cuatro veces más. De aquel encuentro sí que debió de salir Zaqueo diciendo: Jesús es ya mi amigo, ha estado en mi casa, todo ha cambiado en mi vida. No tenemos que temer que la amistad con Cristo derive en un intimismo retraído y egoísta. Si es verdadera amistad nos comunicará las mismas disposiciones de Cristo, nos identificará con Él en amor; por lo tanto sentiremos en nosotros las mismas disposiciones de Cristo hacia los hermanos; nos identificará también con ellos, sentiremos el impulso de la generosidad, de la entrega, el hambre de justicia y de amor hacia nuestros hermanos.

Con esto entramos en el tema que nos ocupará en el día de hoy. La vida del hombre, la respuesta de la amistad humana llega al Corazón de Dios, al Corazón de Cristo. Este es uno de los aspectos más interesantes y vitales de la vida cristiana.

Para tratarlo vamos a partir de nuevo de la respuesta del hombre que llega a Dios y en otra conferencia, a su tiempo, trataremos de cuál ha de ser esa respuesta del hombre al misterio del amor de Dios en Cristo.

Vamos a fijarnos, pues, primero en esta dimensión: El pecado llega al Corazón de Dios. Es un tema en sí sumamente interesante, muy estudiado teológicamente en nuestros días. Suele presentarse la dificultad respecto del Corazón de Cristo resucitado, aduciendo que está ya resucitado, que es bienaventurado, que la muerte no puede hacer garra en Él. Todo esto se admite. Pero resulta que hoy la cuestión teológica se ha trasladado al mismo Dios y uno de los puntos que hoy teológicamente se estudia y discute es lo que se llama la teología del sufrimiento de Dios. Hay varias obras serias recientes, que se ocupan del tema. Hay títulos como: El sufrimiento de Dios. El misterio del sufrimiento de Dios. Y un teólogo francés actual llega a decir: *No se puede entender nada del misterio de la Redención mientras no se admita que se puede herir a Dios en la pupila de su ojo y en lo más profundo de su Corazón.* Hay que tomar muy en serio las numerosas expresiones bíblicas según las cuales Dios aparece como internamente conmovido de dolor por el espectáculo de la miseria humana. Estas son verdaderas realidades del orden espiritual. Diríamos que nos encontramos en el campo del avance último de la Teología. Por otra parte sabemos todos que es tema delicado, muy difícil, del que siempre hace falta matizar.

Si uno dijera: Dios sufre. Le diríamos: No es exacto. No es verdad. Hay que matizar esa expresión. Pero si otro me dijera: Dios no sufre. Le diría: Eso es todavía menos verdad. Tiene usted que matizar aún más esa expresión. Porque el decir simplemente que

Dios no sufre por el pecado produce la impresión de que a Dios le da lo mismo el pecado. Y eso no es verdad. Por lo tanto una y otra afirmación son inexactas; hay que matizar ambas. Pero diría yo que se acerca más a la verdad revelada decir que Dios sufre por el pecado que decir que Dios no sufre por él. Aun cuando todos estemos de acuerdo en que ambas expresiones hay que matizarlas.

El tema es, pues, apasionante porque toca la realidad de nuestro contacto vital con Dios. Porque si aquí no damos con la expresión justa la impresión puede ser fatal.

En un artículo escrito en una revista científica en 1969[†] decía: *En el fondo de la rebelión contra Dios que se advierte en una masa de no cristianos se esconde la idea absurda e intolerable de un Dios insensible en su cielo al mal de los personajes a los cuales hace representar un papel de teatro. Si la gente supiera que Dios sufre con nosotros, y mucho más que nosotros, por el mal que destroza la tierra cambiarían muchas cosas y muchas almas se liberarían.*

Estamos, pues, en un punto importante para que no vivamos en un mundo de ficción. Para explicarlo teológicamente creo que el mejor camino es caer en la cuenta de que sólo se trata de una explicitación de lo que decíamos de la verdad del amor de Dios; sólo se trata de eso. Nuestra verdadera dificultad para llegar a creer la realidad es comprender, acercarnos de alguna manera a la comprensión de cuán de veras nos ama Dios. Porque resulta que si el amor en Dios lo concebimos como un amor que no le importa nada lo que le pasa al hombre, eso no es amor. Ahí está pues la clave: Hasta qué punto nos ama Dios.

En una ocasión decía un conferenciante en un tono un tanto demagógico: *A Dios no le importa que yo le ame. A Dios le importa que yo ame al hermano.* Si fuese verdad la primera parte de la frase, la segunda no tendría sentido; porque podríamos decir: Si a Dios no le importa que yo le ame, ¿qué le importará que yo ame al hermano? Si no le importa que le ame, porque estoy muy lejos de Él y Él está muy lejos de mí, qué le importará que yo ame al hermano, que tan lejos como yo está de Dios. La verdad es muy distinta. La verdad es que a Dios le importa que yo le ame y a Dios le importa que yo ame al hermano. Esto hay que recalcarlo. Hay que matizar el lenguaje que empleamos, es cierto. Por eso en vez de decir: Dios sufre por nuestra respuesta. Yo diré: A Dios le llega al alma, le llega al Corazón.

Pero la primera cuestión que se nos presenta es esta: A Dios le llega en general nuestra respuesta. Esto lo deducimos de la presentación misma del Nuevo Testamento. Se presenta como el establecimiento de una relación nueva con Dios, de comunión con el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. Ahora bien, si nuestra respuesta no llegara a Dios no hablaríamos de comunión con el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. ¿Qué comunión existiría si lo que yo hago no le llega, si mi respuesta no le interesa? Por eso el verdadero misterio es que existe comunión, comunión de amor, y en consecuencia podemos decir, así al menos en general: Nuestra vida, nuestro comportamiento llega al Señor, interesa al Señor, vivimos una verdadera comunión. Y esto por el enfoque del Nuevo Testamento.

Al tratar este tema tenemos que matizar ya un poco más y concretándolo diríamos, después de la generalidad de que nuestra respuesta llega a Dios, que en concreto nuestra respuesta buena, fundándonos en los textos bíblicos, es gozo de Dios. Y para confirmarlo recurriríamos al capítulo 15 de San Lucas, el capítulo de la misericordia, el capítulo de la

[†] No entiendo bien el nombre del autor. Puede ser *Mariten*

oveja perdida, del hijo pródigo. Es claro que en esas parábolas el punto culminante es el gozo de Dios por la conversión del pecador: *Hay más gozo en el cielo...* Sabemos que esa fórmula *en el cielo* es muchas veces un modo de evitar la mención del nombre de Dios. *Hay gozo en el cielo*, es decir, hay gozo en Dios *por un pecador que se convierte*.

Lo mismo en la parábola de la dracma perdida: *Hay gozo en los ángeles del cielo*. Claro está que ahí se refiere a los ángeles que están en el cielo, pero una alegría compartida con la mujer dueña de la dracma que convoca a sus amigas. En el cielo los ángeles participan del gozo que Dios tiene, que les llama a alegrarse.

Y en la parábola del hijo pródigo, no hay aplicación de la parábola a la realidad, y es que el padre de la parábola se identifica con el mismo Dios. La parábola termina en la realidad.

En todas estas parábolas hay, pues, un hecho: Se alegra Dios de la conversión del pecador. Y es un detalle delicadísimo que en ellas no se habla del gozo del pecador, sino que el gozo que se destaca es el de Dios, que se alegra de que el pecador haya vuelto a Él.

Las obras buenas son, pues, gozo de Dios, llegan al Corazón de Dios.

Lo mismo podríamos notar cuando el Señor afirma: *Si alguno me ama, mi Padre le amará y Yo le amaré. Y vendremos a él, y haremos nuestra morada en él*.

La respuesta de amor llega al Padre. Si al Padre no le importará, no le llegara, no correspondería con ese amor, no se enteraría si quiera de la respuesta del hombre.

Tenemos, pues, el aspecto de las obras buenas que son gozo de Dios. Es algo para nosotros incomprensible, pero real. Aquí suele surgir inmediatamente un razonamiento teológico: Dios es necesario, Dios es inmutable, Dios no necesita de las criaturas. Todo eso es absolutamente verdad. Es así. Es así. Pero no confundamos nunca ese Dios inmutable entendido en su sentido metafísico, con la connotación psicológica de inmutable. Una cosa es la inmutabilidad como realidad de acto puro y otra es que presentemos esa realidad como actitud psicológica de Dios, como si esto comportara una visión fría de la realidad: Es el hombre que contempla inmutable una desgracia. Y esto parece que es lo que ponemos en Dios.

¿Cómo se unen esa inmutabilidad metafísica con ese amor tan sensible a la respuesta del hombre? Esto para nosotros es un enigma, como es un enigma Dios. Pero ahí debemos apoyarnos en la revelación. Y en la revelación esto está claro, nos habla del gozo de Dios, dentro de lo que recalca la infinitud de Dios. En el fondo lo que no comprendemos es el amor infinito. Ahí está la cuestión última. Por eso no comprendemos la fe en un amor infinito, porque es infinito precisamente en el amar.

Y vamos ya al segundo aspecto, todavía quizás más difícil para nosotros: El pecado llega a Dios, llega al Corazón de Cristo. En lugar de decir: Dios sufre por el pecado; decimos: el pecado llega al Corazón de Dios, le ofende verdaderamente, personalmente. Es el punto que podríamos denominar decisivo. En el fondo no es muy diferente del que acabamos de indicar, siempre que entendamos lo que es verdadero amor. El orden sobrenatural en el fondo no es más que esto, el que el hombre ha sido llamado a una verdadera relación interpersonal de amor con Dios. El hombre ha sido creado por Dios, ser inteligente, capaz de amar, rey de la creación. Dios podía dejar al hombre en esa situación de criatura bajo Él, Dios le amaría como criatura, le cuidaría con su providencia, sería el orden creacional, el orden natural. En esa situación el pecado del hombre, la inobservancia de la ley impuesta por Dios no sería ofensa de Dios en sentido estricto.

Ofensa se da sólo donde hay relaciones personales de amor, al menos ofrecidas. El rechazar un ofrecimiento personal de amor puede ser una ofensa. El orden sobrenatural comienza pues cuando Dios dice a este hombre: Te quiero introducir en mi comunión de vida trinitaria, te quiero como amigo, te quiero hacer mi hijo, mi hermano, y entablar contigo unas relaciones de entrega mutua de amor.

Y esto es lo que Dios ha hecho. Dios jugándose el tipo. Porque Dios quiere hacer al hombre libre, capaz de aceptar o rechazar su amor. En su humildad infinita, que es propia del amor, le ofrece al hombre su amistad, su relación personal de amor. Y el hombre lo rechaza. Adán y Eva no lo aceptan. Luego vendrá el nuevo ofrecimiento de la redención, la humillación asombrosa del Hijo de Dios hasta la cruz, hasta arrodillarse a los pies de cada uno de los hombres ofreciéndole su amor y su sangre. Pero aquí está el punto: el hombre admitido, invitado a la relación interpersonal de amor.

Al entablarse esa relación interpersonal de amor cambia la situación del hombre y ahora el comportamiento malo del hombre ofende a Dios. Le ofende porque Dios le ama y quiere su bien. Le llega al alma a Dios porque ama al hombre.

Aquí se comprenden las palabras magistrales de Pablo VI, que en la constitución sobre las indulgencias, después del Concilio Vaticano II, escribía: *Para toda mente cristiana de cualquier tiempo, siempre fue evidente que el pecado es no sólo la transgresión de la ley divina, sino una verdadera ofensa de Dios que escapa la capacidad de la mente humana.*

Tenemos analogías en el orden humano. Supongamos un joven en medio de un pueblo. El comportamiento de una determinada chica le deja totalmente indiferente, porque no le une con ella ninguna relación de amor. Pero si llega a enamorarse de ella, entonces el comportamiento de esa chica le llega al alma, ahora le ofende que proceda mal.

El decidirse a amar es un momento personal libre. Si no quiere uno libremente no se da el paso al verdadero enamoramiento personal. Hasta entonces podrá sentir atracción, pero una vez encadenado el comportamiento, entonces le llega al alma, porque le ama, porque se ha unido en una vinculación de relación interpersonal.

Ahora se comprende cómo el pecado del hombre llega a Dios, llega al alma a Dios. Dios es despreciado en su amor, rechazado en su amor: *Crié hijos y mis hijos me has despreciado.*

En un razonamiento muy humano se hace con frecuencia el siguiente discurso: Dios está demasiado lejos del hombre. El hombre no puede herir a Dios, no puede hacer nada a Dios. Y es verdad. Pero es que la acción del hombre no alcanza a Dios en cuanto acción producida por él. Hay una distancia infinita que hay que mantener muy clara entre Dios y el hombre. Pero ese abismo lo ha superado Dios amando. Lo que llega al alma a Dios es su amor, el amor que nos tiene, con el cual ha saltado ese abismo, se ha acercado al hombre; y ahora la respuesta del hombre le hiere en su amor, ese amor con el que ha superado el abismo.

Diríamos con una imagen del orden humano: Un niño de pocos años que amenace a su madre con el puño cerrado. ¿Le puede hacer algo? Nada. Pero a su madre le duele porque le ama. Ese comportamiento hiere a su madre por el amor que tiene al niño, al ver que no es correspondida por su hijo pequeño, al ver que el niño pequeño se comienza a desviar.

Aquí está, pues, la explicación. El amor de Dios supera el abismo que separa al Creador de la criatura. Así se comprende el drama de la Redención y se comprende que el hecho de que Dios se haya decidido libremente a amar al hombre, a amarle con amor de amistad

es más impresionante y misterioso que crearle. Porque crear al hombre deja a Dios intacto, ahí queda la realidad. Pero Dios al amar se hace vulnerable en el amor; esto es lo verdaderamente misterioso.

Es el proceso que vemos a través de todo el Antiguo Testamento. Los profetas para recalcar la ofensa de Dios cometida por Israel siguen un esquema semejante: Yo te he escogido, te he buscado, luego te he desposado conmigo y me has traicionado, has ido tras otros amores. Lo podemos ver en Isaías, capítulos 54 y 62. También Jeremías en el capítulo tercero dice: *Como una mujer engaña a su compañero, así me has engañado tú a mí*. Ezequiel por su parte dedica tres capítulos, el 16, el 20 y el 23, para describir la historia de la infidelidad de Israel contra Dios. Y Oseas recoge, en el capítulo 2 y en el capítulo 11 principalmente, el contenido de estos mismos aspectos.

Ahora, eso que sucede con el pueblo de Israel en el Antiguo Testamento, sucede en el Nuevo con cada uno de los hombres. Ese amor con que Él se une a cada uno de nosotros, nos introduce en su comunión, y el hombre desprecia, no digo que desprecie formalmente y explícitamente, pero desprecia de verdad esa invitación de Dios. Este es el campo misterioso de las relaciones con Dios. El pecado llega a Dios, es muy vital, sumamente importante.

¿Qué es entonces ese cuasisufrimiento de Dios, como llama algún teólogo a este hecho: el misterio del cuasisufrimiento de Dios?

Aquí está para nosotros lo difícil de explicar. Es lo que la Teología trata de investigar, de comprender en algún grado. Pero, en todo caso, antes de comprenderlo hay que mantener los hechos, la línea que ellos nos marcan, tenemos que ser fieles a los datos de la revelación. Y en la revelación está claro que el pecado llega al Corazón de Dios. Cuando Dios dice: *Herido internamente en su Corazón*, no se trata de una pura metáfora exterior. Indudablemente hay elementos metafóricos, *herido en su Corazón*, Dios no tiene un Corazón de carne; pero con esa expresión quiere designarse algo real en Dios que es lo que los profetas repiten y que es lo que nosotros tenemos que aceptar también. Por esto tenemos que ser fieles a los datos de la revelación.

El que yo llegue a explicarlo teológicamente es otra cuestión, pero tengo que tener la humildad suficiente y decir: No sé cómo explicarlo, pero el Señor me lo dice claramente.

Esto significa algo íntimo de Dios, que como decíamos algunos teólogos denominan el *misterio del cuasisufrimiento de Dios*. Ese cuasisufrimiento no tiene el carácter de atenuación. Ese cuasisufrimiento de Dios es real, pero analógico para nosotros; y de ahí que no se debe identificar con un puro sufrimiento humano. Pero ese misterioso cuasisufrimiento de Dios corresponde, de alguna manera, con lo que el niño Francisco, uno de los videntes de Fátima, llamaba en su lenguaje sencillo e infantil: la tristeza de Dios. A mi parecer tenía una verdadera luz mística, había experimentado algo muy verdadero, que es cómo Dios lleva en su Corazón la salvación del mundo.

Al Corazón de Dios llegan de hecho tanto los pecados cometidos directamente contra Él como los cometidos contra los hermanos: *Lo que hacéis a uno de estos a mí me lo hacéis*. No se trata de nuevo de desentendernos de la vida real, de la dimensión horizontal de la existencia, sino de empaparla en la profundidad de su sentido cristológico y teológico.

La visión del Corazón de Jesús herido se convierte en un verdadero grito divino que nos clava en el corazón la palabra victoriosa, llena de amor y de fuego que Jesús dirigió a Saulo: *Saulo, Saulo. ¿Por qué me persigues? Yo soy Jesús a quien tú estás persiguiendo*.

5. ENTREGA AL AMOR

Llegamos al punto de nuestra respuesta al amor de Jesucristo. La fe en el amor que el Padre nos ha revelado en Cristo, el cual da su vida por nosotros, no queda en pura teoría. La caridad de Cristo nos urge, nos impone una respuesta. Toda respuesta nuestra auténtica a Dios ha de partir de una participación del Corazón mismo de Cristo. Nosotros podemos algo solamente en fuerza de lo que Dios pone en nosotros. Nuestra respuesta a Dios no consiste en que Él me habla y yo antes de recibir nada de Él respondo con mis fuerzas; Él infunde en mí la posibilidad de responder. El diálogo se realiza en su amor. En el grado supremo es aquello que dice San Juan de la Cruz: *Vámonos a ver en tu hermosura*. Porque la hermosura de Cristo está en Él y está en mí; y cuando Tú me contemplas, contemplas en mí tu hermosura; y cuando yo te contemplo, contemplo tu hermosura. Y en mí mismo lo que veo es tu hermosura. En todo grado de la vida espiritual se realiza esto proporcionalmente. Él nos hace posible la respuesta y nos da a nosotros de esta manera la capacidad de responder.

La respuesta, pues, está fundada en la comunicación a nosotros del Corazón de Cristo. Es un tema muy hermoso. El Espíritu Santo forma en nosotros el Corazón de Cristo, el corazón nuevo del Nuevo Testamento. El agua que brota del costado abierto de Cristo simboliza la comunicación del Espíritu Santo. Y gracias a esa comunicación de amor de Jesucristo a nosotros ha puesto en nosotros un corazón nuevo capaz de amar a Dios y amar a los hermanos como Dios nos ama.

Jesús en la Última Cena proclama el mandamiento nuevo: *Un mandamiento nuevo os doy, que os améis los unos a los otros como Yo os he amado*. Esa orden de amar a los hermanos como Él nos ha amado, nos la da el Señor después que primero nos ha dado la posibilidad de cumplirla, después de que nos ha ofrecido su amor, cuando su amor está ya en nosotros. Contemplando el Corazón de Cristo al calor de la luz del Espíritu Santo, con su gracia, con su asistencia, nuestro propio interior se va modelando y haciendo como el Corazón de Cristo. Así, pues, el Corazón de Cristo nos da el Espíritu Santo y el Espíritu Santo forma en nosotros el Corazón de Cristo. Y lo forma no a golpes de cincel, con aspereza, con violencia, sino que recalentando primero nuestro corazón y moldeándolo luego según el de Cristo; más diríamos, que el mismo Corazón de Cristo es el que vibra en nosotros. Su obra es, pues, infundir en nosotros los mismos sentimientos participados de Cristo.

Desde aquí se va a realizar nuestra respuesta teniendo como modelo la entrega de Cristo al Padre. Él es modelo y actor de mi entrega y reparación. No es sólo modelo, sino que mi entrega y expiación va a ser en cierto modo su complementación o prolongación, como dirá San Pablo: *Cumplo en mí lo que falta a la Pasión de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia*. Es un misterio sumamente profundo que podemos barruntar un poco. Aquí está la gran valía del misterio del Corazón de Cristo que nos lleva a lo más profundo del misterio cristiano, a la realidad más honda de la vida interior, participando del Corazón de Cristo.

Ahora bien, el Corazón de Cristo en nosotros, el Corazón nuevo de la nueva ley quiere decir la ley interna de la caridad, la presencia de la gracia en nosotros que al madurar nos hace sentir lo que Él mismo siente. Como Cristo nos hace interiormente ilimitadamente buenos. Tiende a eso, de su parte lo pone; existe en nosotros una carnalidad que se le

opone, pero Él establece en nosotros el Corazón ilimitadamente bueno. Decía Jesús: *¿Por qué me llamas bueno? Dios sólo es bueno.* Y es verdad, el hombre es bueno parcialmente. No puede ser por sí mismo ilimitadamente bueno. No puede ser bueno siempre y con todos. Cuando uno es bueno siempre y con todos eso indica ya una participación de Dios. Solemos ser buenos con los que piensan como nosotros. Esto lo hace cualquiera. Esto no nos manifiesta nada divino. Pero ser bueno incluso con los enemigos, mirarlos con corazón bueno, eso lo hace sólo la presencia del Señor. *En esto conocerán que sois mis discípulos.* En esto. No en que vosotros siendo parecidos os queráis como amigos, sino en que tenéis ese amor universal, ilimitado, incluso a los adversarios a quienes miráis con amor, con bondad ilimitada.

San Juan Crisóstomo ponía en guardia a los fieles sobre lo que él llamaba *el lado oscuro del amor diabólico*. Se refería, no precisamente a no amar, sino a esa actitud por la cual a veces se cree uno obligado a odiar a los enemigos de sus propios amigos. Ese es el lado oscuro del amor diabólico. Ese amor no es divino. Es amor diabólico, que hace que yo me crea obligado a odiar.

Un pastor ortodoxo de Checoslovaquia, en ocasión de la invasión de aquella zona por los nazis, al despedir a la comisión francesa que había venido a visitarles les dirigió estas palabras conmovedoras: *Sobre todo digan ustedes a nuestros hermanos de occidente que no odien a nuestros invasores por amor a nosotros.* Palabras heroicas, divinas. Eso es del Espíritu de Dios. *Que no odien a nuestros invasores por amor a nosotros.* Y daba la razón: *Porque el que odia acrecienta el reino del demonio.* En último término la lucha del corazón humano es entre amor y odio: El que odia, sea lo que sea, está favoreciendo al demonio. El demonio tiene interés en que odiamos aunque sea por motivos religiosos, porque ese corazón al hacerlo odiar lo ha sustraído al reino de Dios.

Ahí está, pues, la bondad del corazón ilimitadamente bueno. Contemplando ese amor, contemplando que Cristo nos quiere y es sensible a la respuesta del hombre, contemplando al que atravesaron, recibe la plenitud del Espíritu.

Puede entenderse en este sentido la profecía de Zacarías que ve San Juan realizada al abrirse el costado de Cristo. Dice el profeta Zacarías: *En aquellos días derramaré espíritu de gracia y de oración. Y mirarán al que atravesaron. Y me llorarán como se llora al hijo unigénito.*

El derramar el Espíritu está condicionado por la mirada al que atravesaron. El don del Espíritu es fruto de contemplar al que atravesaron. Al mirar a Cristo atravesado por mí me dispongo, me preparo para la inundación de su Espíritu que transforma el corazón. *Derramaré sobre ellos espíritu de gracia y de oración.* Ese espíritu de gracia y de oración es el que hace al corazón ilimitadamente bueno y es la condición fundamental para poder explicar la consagración y la reparación al amor de Jesucristo. Ese corazón renovado, ilimitadamente bueno tiene en sí las virtudes y disposiciones del de Cristo. Ahí podemos hablar entonces de las diversas virtudes, del amor al Padre, del amor a los hombres, de la justicia, de la imitación perfecta de Cristo; pero no una imitación puramente exterior, sino desde el corazón. Y lo mismo todas esas virtudes en cuanto arrancan de un corazón lleno de amor.

Este mundo de hoy lo que más pide y lo que más echa de menos es corazón bueno. San Pablo dice que *para el justo no hay ley.* Para el que tiene un corazón así bueno no hay ley. No porque quien tiene un corazón bueno se pueda permitir hacer las cosas ya

antes prohibidas por la ley, sino que lo que manda la ley le resulta espontáneo para el que tiene el corazón ya bueno.

Un hijo amante de sus padres si le decimos que hay un cuarto mandamiento que manda honrar padre y madre nos dirá: ¿Pero es que para eso hace falta una ley? Claro que tenemos que amar a nuestros padres. No faltaría más. Es que tiene un corazón bueno. Si no tiene ese corazón de buen hijo, si es un hijo que odia a sus padres, que les desea mal, nos dirá: Que cruel es la ley de Dios que manda cosas tan difíciles, tan contrarias a la naturaleza. Y es porque tiene corazón malo.

Otro tanto podríamos decir de la pureza. Uno que tiene corazón puro dirá: ¿Es que hay que prohibir la fornicación? Pero si eso es obvio. En cambio el que tiene un corazón lleno de lujuria se quejará del Señor: ¡No se pueden cumplir los mandamientos!

Porque en el fondo la ley es un suplemento a la falta de bondad del corazón. Hasta que el corazón se hace bueno necesita ser conducido por la ley que le pesa. Pero es instrumento para que vaya formándose en él el corazón bueno del Nuevo Testamento. Cuando se haya formado este corazón bueno del que brotan las virtudes, la ley no le pesará ya. No que haga entonces lo que la ley prohíbe, sino que como el corazón se ha hecho bueno ya no siente el peso de la ley.

Podemos hablar también en este sentido de un corazón que lleva a la imitación de las virtudes de Cristo. Pero no desde fuera, sino desde dentro, desde el corazón.

El mundo de hoy no se remediará sólo por las obras, si no cambian los corazones. Lo importante es el amor. De esta manera el cristianismo aparece como religión del corazón, que es lo que se nos muestra en las bienaventuranzas, que son la ley del Nuevo Testamento. Entendiendo bien que no se trata de dividir las bienaventuranzas y resulte uno bienaventurado por la mansedumbre y otro por la pureza del corazón. Las bienaventuranzas nos proponen una unidad del corazón, son facetas diversas del corazón bueno del Nuevo Testamento. Podríamos resumir todas las bienaventuranzas en esta: Bienaventurado el que tiene el corazón ilimitadamente bueno porque es hijo de Dios, tiene el corazón de hijo de Dios.

Este enfoque es muy importante en la visión cristiana. La gran ventaja de la visión del misterio del Corazón de Cristo está precisamente en que centra el esfuerzo. No reduciéndolo solamente a la atención a los hechos materiales, sino nos enseña que toda nuestra vida tiene que estar modelada y formada por un corazón bueno. Nos indica que para un corazón cristiano no se trata sólo del cumplimiento material, sino que el gran esfuerzo de toda la formación cristiana ha de dirigirse a la formación del corazón cristiano. Nos hace ver que en el centro de toda la vida y en el centro de toda la pastoral hay un corazón. Una pastoral descorazonada resultaría una organización mecánica, no sería la verdadera pastoral puesto que ésta tiene que ser la manifestación del Buen Pastor, del Corazón del Buen Pastor. Y otro tanto diríamos de las virtudes, de la justicia, la cual sin corazón dejaría de ser justicia. Esto, pues, nos pone delante el fondo del corazón. Pondríamos luego todas las virtudes, pero arrancando e informadas por ese corazón.

Ahora bien, dentro de esa actuación progresiva de desarrollo, dentro de esa bonificación continua del corazón, dentro de una vida que se rige por unas virtudes que arrancan del corazón, hay un hecho que se llama la consagración. La consagración es un acto serio. Diríamos que tiene el matiz de una opción fundamental y por lo tanto requiere toda la preparación psicológica que prepara a una verdadera opción fundamental. Es un acto por el que uno deliberadamente entrega su persona, sus cualidades, sus acciones, su

ser al amor del Corazón de Cristo. Se pone como instrumento en manos de Cristo que nos ama, de Cristo que está realizando su obra grandiosa de amor: la salvación del mundo.

Esa consagración tiene que insertarse en la consagración bautismal.

Suele plantearse una pequeña cuestión: Si tiene sentido esa consagración. Porque si el Bautismo es la consagración verdadera, se dice: No hay porqué añadir otra. O también: una consagración verdadera sería a lo más la consagración religiosa. Entonces, ¿para qué añadir otra? O el sacerdocio es una consagración, ¿por qué añadir otra consagración al Corazón de Cristo?

Claro está que no hay ningún inconveniente en dar a la consagración religiosa, a la consagración sacerdotal, los matices de una verdadera consagración al Corazón de Cristo. Pero puede ser útil que reflexionemos sobre cuál es el sentido de esa consagración al Corazón de Cristo para que veamos que no es superfluo el hacer esta consagración. Vamos a ver si lo explicamos.

La consagración al Corazón de Cristo presupone que el fiel ha caído en la cuenta de la grandeza del amor que Dios le tiene, que ha caído en la cuenta de que Jesucristo le busca en un amor de amistad y de intimidad. Y cayendo en la cuenta de esta realidad y de esta exigencia acepta ese amor del Señor. Y aceptando esa invitación suya de amor, iluminado por la ley del amor personal de Cristo, no realiza una simple entrega, sino que es una entrega que arranca de ese conocimiento experimental del amor de Cristo, entregándose como instrumento disponible a disposición de ese mismo misterio de amor. Con ese matiz, cayendo en la cuenta de que es don suyo y de que Él se lo da.

Corresponde a lo que en la *Contemplación para alcanzar amor* dice San Ignacio en los Ejercicios que debe hacer el ejercitante, ofreciéndose, afectándose mucho: *Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, toda mi voluntad.*

Este ofrecimiento es una actuación de un amor que progresivamente se ha hecho más luminoso, más consciente del fondo de amor de Dios en Cristo que existe en todo, y se entrega a ese misterio de amor. Ve las cosas de otra manera, iluminadas por el misterio de amor, iluminadas por el Corazón abierto de Cristo, comprendiendo que ese mismo amor se actúa por parte del Señor en todos los elementos y circunstancias que le rodean. Y entonces ese amor invita y solicita a una entrega de amor que tome también la vida entera, animándola toda ella con la fuerza de la caridad.

Así la consagración es aquel acto por el cual entregamos al amor de Dios nuestras personas y todas nuestras cosas, reconociendo que todo nos viene del amor de Dios. Así lo dice la Encíclica *Miserentissimus* de Pío XI: *Y al amor de Dios trata de corresponder el amor de la criatura.*

Si uno llegara al Bautismo con ese conocimiento y recibiese el Bautismo con ese sentido, tendríamos actuada en el Bautismo esa perfecta consagración al Corazón de Cristo, perfectamente consciente, perfectamente matizada por ese misterio de amor. Pero en el desarrollo de la gracia vamos obteniendo niveles diversos y se va uno entregando con mayor exclusividad a una vida de amor, según las exigencias de la gracia, según las invitaciones de ese mismo Señor que nos ama. Y puede llegar así a una vida de amor, a la cual el Señor le ha iluminado y llamado. A todos nos llama a un perfeccionamiento de la gracia bautismal, pero ahora he comprendido esto: El Señor me quiere. Soy objeto de su amor íntimo, profundo. Él me quiere para comunicar y transmitir ese misterio de amor. Y entonces yo me consagro, yo me ofrezco.

¿Esta consagración es constitutiva o es invocativa?

Se llama constitutiva aquella acción por la cual una persona se hace sacra, se vincula con particulares vínculos al único sacro que es Dios, en y por Cristo, mediador de nuestra sacralidad cristiana. Esta claro en este sentido que nadie puede hacerse sacro a sí mismo. Sólo Dios hace a uno sacro cristianamente y lo hace a través del misterio de la Iglesia, por sus sacramentos y sacramentales.

En cambio se suele llamar consagración invocativa o bendición invocativa, aquella en que uno se ofrece, o se da algo, pero sin cambiar su vinculación sacra objetiva; sólo como expresión personal, invocativa de gracias y bendiciones de Dios.

Solemos usar nosotros al hablar del Corazón de Jesús la palabra *me consagro, nos consagramos*. La fórmula *nos consagramos* evidentemente no significa una consagración constitutiva, sino que es la expresión de un acto de toma de conciencia, por el cual además se sacan las consecuencias de eso que uno acepta con plena determinación de la voluntad. Tiene sus verdaderos valores, el compromiso de su parte para vivir en esas disposiciones y en esas actitudes.

La consagración al Corazón de Cristo debe incluir un total don de sí mismo al amor, subrayando ese don total de sí mismo y las exigencias actuales de ese don. Pero tiene un carácter dinámico, con una posibilidad de reforma ulterior, de mejora ulterior de la vida según las exigencias de la gracia. Por eso suele ser bueno matizar las exigencias actuales del diálogo de amor con Cristo, matizar la vida para darle sentido dinámico.

Ese acto podrá parecer simplemente un acto subjetivo de ofrenda, de ofrecimiento, una oblación, como la llama San Ignacio en los Ejercicios; pero sin duda hay también una cierta aceptación por parte de Dios, una consagración por parte de Dios. Ciertamente no le constituye a esta persona en estado sacro, como sucede en la consagración religiosa; pero podemos admitir que en ese ofrecimiento, hecho con recta intención y con preparación esmerada, se presupone la aceptación por parte de Dios. Y puede ser interesante lo que se aconseja en la consagración de las familias: que se haga ante el sacerdote, que de alguna manera acepta esa consagración en nombre de Cristo. De esta manera resulta una acción de la Iglesia. El sacerdote no va a ese acto como simple testigo, sino que recibe la consagración de la familia como ministro de la Iglesia.

Quizás sería también buena esa forma de consagración personal realizada de esta manera y matizar vitalmente la realización de la aceptación por parte de la Iglesia, subrayando los deberes y las obligaciones que se aceptan, condicionadas por el amor. Podríamos pensar que se hiciera esta entrega en algún acto litúrgico. Es bueno el hacer esas consagraciones serias, que no se reducen a una fórmula leída en una estampa y recitada, con una preparación verdadera, tratando de ver la voluntad de Dios sobre cada uno, que hace esa opción seria, personal, con una entrega seria al amor del Señor.

Evidentemente esa consagración puede hacerse en una Eucaristía con aceptación de ella por parte de la Iglesia. Pero la consagración al Corazón de Cristo no se limita a lo simplemente personal. El Corazón de Cristo debe reinar en la familia, en la sociedad, en las naciones, debe inspirar la legislación de las naciones, las costumbres de los pueblos. Con todo nunca debemos olvidar que su reino no es de este mundo. Ha de hacerse en este mundo, pero no es de este mundo. Entonces hay que trabajar porque ese derecho del Señor se realice y las familias y las sociedades y las naciones acepten deliberadamente, libremente el reinado de amor del Corazón de Cristo entregándose como tales al amor del Señor.

6. AMAR Y SUFRIR CON CRISTO

Antes de empezar quisiera recalcar que no se debe confundir reparación y consolación. La reparación no se identifica con la consolación. Primero voy a tocar, aunque sea brevemente, el tema de la consolación con la problemática que lleva consigo.

Consolar a Cristo es un concepto que se ha usado bastante. Ese consolar se puede referir a consolar a Cristo en su Pasión, particularmente en la Oración del Huerto, y consolar a Cristo ahora. Respeto al consolar a Cristo en la Pasión se suscitan algunos problemas desde el punto de vista teológico y práctico. Tenemos que decir que es teológicamente sólido afirmar que podemos consolar al Señor en su Pasión; esa especie de supertemporalidad del misterio de la agonía de Cristo, ese misterio toca a todos los cristianos y en cierta manera hay una coexistencia de todos con Él. Para esta afirmación nos apoyamos en el testimonio de Pío XI en su Encíclica *Miserentissimus Redemptor*. Este testimonio tiene una gran fuerza porque se trata de una Encíclica dirigida precisamente a enseñar a pastores y fieles la verdadera práctica del culto sólido al Corazón de Jesús.

Otro problema sería consolar a Cristo ahora. La cosa es más delicada. Habría que recordar cuanto hemos dicho del misterio del cuasisufrimiento de Dios, por consiguiente del cuasisufrimiento de Cristo glorioso. Entonces sería lógico que el comportamiento del hombre en cierta manera consuele, dado ese cuasisufrimiento del que hemos hablado.

Personalmente no me inclino al término consolar a Dios, consolar a Cristo ahora. Sobre todo por lo que comporta de representaciones que le acompañan. Puede dar la impresión de que presentamos un Cristo que está siempre afligido, al que todos los cristianos tienen que consolar... Y esto podría ser también una deformación. Por lo tanto tiene su fundamento, puesto que la terminología es tan delicada, para usarla hay que tener una prudencia extrema. Pero quede aquí el aspecto de la consolación.

Ahora añadimos reparación, no es simplemente consolar. Si alguien tuviera dificultad para admitir la consolación, todavía quedaría íntegra la problemática de la reparación. Para entender lo que es la reparación hay que partir de la participación en nosotros del Corazón de Cristo. Cuando en San Juan se dice: *Amaos como Yo os he amado. Que sean uno en nosotros como Tú Padre en mí y Yo en ti*, ese como en San Juan significa dos cosas: semejanza y participación. *Que os améis unos a otros como Yo os he amado*, participando del amor con que Yo os he amado. Aquí encontramos algo parecido: El corazón nuevo en nosotros es semejanza del de Cristo y participación de él.

Ahora bien, vamos a fijarnos en la postura de reparación en el Corazón de Cristo que vamos a participar nosotros y vamos a exponerla gradualmente, porque esa participación es una realidad compleja muy rica. Aun cuando parezca que arrancamos de muy lejos, no es tan lejos, porque sin los pasos que daremos no acabaremos de entender rectamente la reparación. La reparación no es una cosa exterior, un sacrificio que se hace y nada más, es algo muy profundo. Por eso antes de llegar a entender correctamente lo más difícil, como es la reparación aflictiva, del sufrimiento expiatorio, vamos a comenzar por los elementos fundamentales.

El primer nivel es éste: el corazón participado de Jesús. La primera etapa es el amor. Parecería que estamos lejos de la reparación, pero sin la caridad y el amor no la entenderemos jamás. El amor de Cristo al Padre le hace uno con Él y uno con los

hombres. Ese es el amor del Corazón de Cristo. Cuando dice: *El Padre y Yo somos una cosa*, se refiere no sólo a la unidad de naturaleza divina, sino que se refiere a ese ser uno en el amor; el Padre y Yo somos uno en la identificación de amor. Y es al mismo tiempo uno con los hombres. El amor a los hombres le lleva a asumir la naturaleza humana y hacerse uno con ellos. Éste es el punto básico de partida, es una postura de amor. En una verdadera reparación el punto de partida ha de ser un amor así, que nos haga uno con el Padre, con Cristo, y uno con los hombres. No se entiende la reparación si se parte de una separación entre mí y los demás. Eso no sería reparación.

Segundo nivel: A partir de ese amor que nos hace uno, cuando Cristo contempla al Padre ofendido, esa ofensa del Padre le llega al alma, le llega al Corazón. Dado ese amor, esto es inevitable. Y el ver al hombre y al pecado del hombre le llega al alma, le afecta; el amor le hace sensible a la ofensa del Padre, sensible al pecado, al mal del hombre, cualquiera que sea.

Pero ya en este nivel va a comenzar una diversidad de tipos de reparación, porque la acción del Espíritu y la delicadeza del amor, la luz superior de Dios, hace entender matices diversos de amor y consiguientemente hace el corazón más sensible a esos matices diversos de la ofensa de Dios dentro del plan divino, y a esos matices diversos del mal de los hombres.

Según lo que el Señor ilumina en el misterio de Cristo nosotros reaccionamos también con una especial sensibilidad. En efecto, algunos son iluminados especialmente para comprender el amor de la Eucaristía; otros para comprender el amor de la Cruz; otros para comprender la dignidad de la Trinidad santísima. Es lo que fundamenta la diversidad de espiritualidades. El conocimiento más profundo del amor que encierra el misterio eucarístico lleva consigo una sensibilidad particular respecto a las ofensas que se cometen contra ese misterio del amor de Cristo; entonces, se dará ya el fundamento de una reparación particularmente eucarística. En quienes tengan un conocimiento especial del misterio de la maternidad de María, de la virginidad de María, una reparación más estrictamente mariana. En otros, será trinitaria. En fin, ya desde este fundamento se ven las bases de diversificaciones posibles en las formas de reparación.

Lo mismo podemos decir en la vertiente de identificación con los hombres, en el mal diverso de los hombres al cual es uno particularmente sensible por la acción de la gracia y de la caridad. Y así habrá quienes son especialmente sensibles a la injusticia del hombre como ofensa de Dios. Otros podrán sentir particularmente la blasfemia del hombre contra Dios. Otros la impureza. En todos reconociendo que son ofensa de Dios y mal del hombre, pero tienen una sensibilidad especial, les llega más al alma. Y esto, repito, no por un puro capricho sino como resultado de una luz interior dada por el Espíritu Santo y con verdadero sentido cristiano.

Y vamos al tercer nivel. Estamos estructurando la reparación y cada uno de los niveles que vamos exponiendo es fundamento del siguiente: La caridad es base de la sensibilidad del amor. De la sensibilidad del amor va a proceder una reacción, pero fundada en la caridad de una manera fuerte. Llega, pues, este tercer nivel. Es el nivel de la acción. Por ese amor sensible a la ofensa de Dios y al mal del hombre ya viene la reacción, ya viene el comportamiento.

La primera forma de reparación que podemos distinguir en este tercer nivel... Diríamos, entre paréntesis, que no hay que hacer demasiadas distinciones de unos a otros en las formas que vamos a indicar a continuación, y la realidad es que se entremezclan y

unas veces predomina una u otra, o varias a la vez. Pero distinguiendo ahora, para explicarlo simplemente, la primera forma de reparación es la que podemos llamar *reparación negativa*; siempre supuestos los pasos precedentes, porque sin ellos no tenemos la reparación, sin ese amor que nos hace uno, no hablaremos de verdadera reparación, tampoco negativa. La primera reacción, pues, es evitar el pecado, evitar la ofensa de Dios de la manera que sea, por medios prácticos, por medios oracionales, por medios apostólicos. Todo trabajo por superar la injusticia si arranca de ese amor sensible a la ofensa del Padre y al mal de los hombres como ofensa del Padre será también reparación negativa, está tratando de evitar el pecado, sea en sí mismo, sea en los demás; en sí mismo por un trabajo de purificación, en los demás por un trabajo de apostolado, diversiones sanas promovidas. De ese espíritu son también todas las actividades ordenadas a sanear la conciencia de los hombres y la pureza de las costumbres. Lo importante es, pues, el elemento fundamental: que estas acciones arranquen de ese amor sensible a la ofensa de Dios y al mal del hombre como ofensa de Dios. Todo lo que es, pues, purificación puede estar impregnado de este sentido en la vida del hombre: el sacramento de la reconciliación, el examen de conciencia, el combate contra los vicios, la penitencia, el apostolado mismo.

La segunda forma de reacción, de reparación, es la que llamamos afectiva; la llamamos así por su expresión afectiva. Porque el amor tiene que estar siempre en el fondo de todas estas reacciones, pero es que aquí la respuesta misma se hace por una explicitación de amor, se da como respuesta al Dios ofendido una reacción de amor más intenso, más fuerte, amar más al que uno ve ofendido y menospreciado. Cristo al ver al Padre ofendido le ama más, el celo de su casa le devora; y eso mismo pone Él en nuestro corazón. Esta reparación, llamada así afectiva, no la debemos identificar con el consolar de que hemos hablado al principio; porque en esta reparación afectiva, en esta reparación de amor lo que se pretende directamente no es precisamente consolar de hecho, sino que expresa una necesidad propia psicológica de amar precisamente porque ve ofendido a aquel a quien ama. En esta reparación se siente la necesidad de amar más, consuele o no consuele, este hecho no es el determinante; es lo que suele denominarse: amar al Amor no amado. Es evidentemente uno de los aspectos más fundamentales en la reparación.

¿Cómo se vive esto? No necesita prácticas especiales, sino que pretende investir de amor todo lo que hacemos, hacerlo todo con la intención de amar al Amor no amado. No es amar por los que no aman considerándose uno inocente, que es lo que a algunos les parece hipócrita en la reparación cristiana; la reparación cristiana no acentúa nuestro carácter de inocencia, todo lo contrario. Debe partir de una solidaridad, de un ser uno todos los hombres, de un ser uno cada hombre con los pecadores y él mismo pecador. Reparamos siendo nosotros también pecadores y reparamos por nuestros pecados unidos a los de todos. Por eso insistíamos desde el principio en el elemento fundamental que la base debe estar en la caridad unitiva, sin ella no tendríamos verdadera reparación. Lo que hago yo lo hago por mis propios pecados: Amar a ese Dios al que yo mismo amo tan poco, a quien yo mismo he ofendido; viéndolo ofendido por mí y por los demás. Y esto me mueve a amarle más, por lo que le he ofendido y por lo que otros le ofenden, sintiéndome uno con ellos.

Todo lo que hacemos nosotros se puede hacer empapado de este espíritu, desde el levantarse por la mañana, realizar el trabajo que se nos ha encomendado... Haciéndolo todo con ese deseo de amar al Amor no amado. Por nosotros mismos que tantas veces

hemos sido negligentes, pecadores, y por los que ahora lo son también, y nosotros lo seguimos siendo en algún grado.

Es verdad que hay también actos especiales de reparación afectiva, son indudablemente la oración, en especial la adoración eucarística; por eso se comprende un cierto desarrollo de esta forma de actos. Pero de ninguna manera con la intención de que sean exclusivos. Tienen cierto relieve característico dentro de una vida que se vive con ese espíritu.

Particularmente destaca aquí la Eucaristía como punto de reparación afectiva, ya que es sacramento precisamente de amor y muchas veces, muchísimas, un Amor no amado; la Eucaristía desgraciadamente olvidada y abandonada. Hablemos siempre de una vinculación del Corazón de Cristo con la Eucaristía, lo es de hecho en todos sus elementos: La consagración está vinculada a la entrega eucarística. También la reparación lo es al sacrificio eucarístico. El amor de Cristo se nos manifiesta particularmente en la Eucaristía. Y el amor de Cristo es descuidado particularmente en la Eucaristía.

En cuanto a la reparación afectiva puede ser útil caer en la cuenta de que la comunión es lo más eficaz para esa reparación afectiva. En la Eucaristía Cristo se nos da en el sacramento de su amor. Ese darse el Señor no es un don jurídico, sino que se hace nuestro, vitalmente nuestro. Y por consiguiente lo podemos ofrecer ofreciéndonos con Cristo al Padre en la comunión.

Y llegamos a la tercera forma, aparentemente la más difícil, de la reparación, que es la aflictiva. Volvemos la mirada a Cristo. Cristo lleno de su inmenso amor, sensible a la ofensa del Padre, se hace hombre y realiza la Redención. Este hecho de tomar nuestra naturaleza humana, de asumirla, hasta ofrecerla en la cruz en holocausto, es lo que constituye el acto redentor. Y esa oblación tiene un carácter de reparación.

Para entenderla tenemos que fijar nuestra mirada contemplativa en la Cruz de Cristo. Ante la Pasión hay una posible postura psicológica: Detenerse ante ese sufrimiento con una actitud de lástima al ver los padecimientos de Cristo. Es un sentimiento muy humano al ver los sufrimientos de otro hombre. Pero la reacción psicológica de tener lástima de Jesús sería poco y en cierta manera el centrar toda una vida en ese matiz de tener lástima de Jesús empujaría la visión cristiana de la existencia. Jesús mismo al llegar al calvario reprende en cierta manera a las mujeres de Jerusalén que tenían simplemente lástima de Él: *No lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos*. Quizás sea esta la razón porque en algunos círculos se rechaza la devoción al Corazón de Jesús; porque les hace la impresión de que fomentan como valor supremo el tener lástima de Jesús y les parece que esto empuja la visión cristiana, desfigura la imagen de Dios al presentarle siempre necesitado de que los hombres estén teniéndole lástima continuamente.

Hay un paso más profundo en la contemplación de la Pasión, se trata de compadecer con Cristo. Y esto sí es una actitud mucho más rica. No se puede compadecer con una persona si antes no se ha llegado a una fusión compenetradora con ella. La Virgen misma en la Cruz no es que simplemente tiene lástima de Jesús, sino que compadece con Él, ofrece los sufrimientos de su hijo, grita con Él el perdón a los que le están atormentando y entrega con Él su espíritu al Padre. Esto nos introduce en una distinción que juzgo importante: la distinción entre sufrimiento y actitud con que se sufre. El sufrimiento es pasivo, el sufrimiento en último término viene del pecado. La actitud con que se sufre, esa actitud es divina, es algo que viene de Dios. El sufrimiento no es personal, es algo de

la naturaleza. La actitud de sufrir con que se encaja el sufrimiento es personal, es libre, es postura del que sufre. El acto redentor está constituido por el sufrimiento y la actitud de sufrir unidos: Nos redimió la muerte de Cristo llevada por Él con amor.

¿Cómo podemos comprender la actitud sufriente de Cristo, que es la que va a constituir precisamente la actitud de reparación aflictiva?

Tenemos que recurrir a la Escritura, a la Revelación. Partiendo de los poemas del Siervo de Yahvé de Isaías, siguiendo por los anuncios de la Pasión del mismo Cristo en los que dice que ha venido no a ser servido sino a servir y a dar su vida en redención por muchos; fijándonos en textos de la Carta a los Hebreos en que habla de que al entrar en este mundo dijo: *No os has querido holocaustos ni sacrificios por el pecado pero me has dado un cuerpo*; siguiendo con las palabras de Jesús en la Oración del Huerto y en la Cruz misma, podemos llegar a esta conclusión: La actitud sufriente de Cristo es la de un amor inmenso, de entrega, de obediencia al Padre, que le hace asumir en amor la condición humana mortal, dolorosa y frágil, en solidaridad con los hombres ante el Padre. Es la actitud redentora, la actitud reparadora. La muerte asumida con esa actitud redentora es nuestra redención, la verdadera reparación.

Esta reparación debe realizarse también en nosotros. Nuestra postura ha de ser la misma: Asumir en el mismo amor también nosotros las consecuencias dolorosas del pecado en la naturaleza humana. El plan de Dios es que no haya consecuencia dolorosa del pecado que no sea asumida con la actitud redentora de Cristo y transformada en elevación de la humanidad. Lo que es dolor, consecuencia dolorosa en la humanidad del pecado, es asumido por el amor de Cristo que está en nosotros al tomar esa parte de la consecuencia del pecado en el mundo, la situación dolorosa de la humanidad que nos toca por la voluntad del Padre: *Cumplo lo que falta a la Pasión de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia*. Cumplo lo que a mí me toca de la condición, de la participación pecadora, asumiéndolo con la actitud misma redentora de Cristo que yo participo. Eso es asociarse a la Pasión de Cristo.

La reparación aflictiva es simplemente esto, nada más: Asumir y aceptar ser miembro de la humanidad con el Corazón de Cristo en mí. Asumo mi condición mortal, asumo la muerte misma desde ahora y la acepto cuando llegue. Acepto todo lo que lleva consigo esa condición mortal, que es fruto de toda una humanidad que ha ido entretejiendo mi propio cuerpo a través de la historia. Acepto lo que me toca de taras, de limitaciones. Acepto ser miembro de esta familia, los roces que me vienen de ser miembro de la humanidad. Pero ese aceptar no es simplemente resignarse. Es voluntad del Señor que superemos, en cuanto nos sea posible, esas situaciones de la humanidad; y lo debemos de procurar. Pero entre tanto no me sublevo contra ellas, las asumo en amor. Se trata de promover la superación de todas las consecuencias dolorosas de la humanidad aceptándolas entre tanto con amor, mientras se las supera con esfuerzo leal de trabajo generoso.

Aceptar, por otra parte, no significa tampoco tener gozo en llevar esos sufrimientos. Eso no está en nuestra mano. Las consecuencias dolorosas del pecado son cruz, hay que llevarla como una verdadera cruz. Aprendiendo, pues, de esta manera la aceptación, que ni es un gozo ni una resignación pasiva, sino que admiten y requieren un esfuerzo sereno positivo, entonces al aceptar de esta manera los sufrimientos de la humanidad realizamos nuestra asociación a la expiación redentora de Cristo. Es la gran lección que nos enseña

el Corazón de Jesús. Tener conciencia de ser miembros de una humanidad que está necesitando de toda nuestra entrega y oblación para su salvación en el plan divino.